

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N.º 446.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.



LLEGADA DEL EMPERADOR Á VICHY (casa de Strauss destinada para habitacion de S. M.)

RODOLFO DURANO

## SUMARIO.

El emperador Napoleon III en Vichy; grabado — El 15,700. — Monseñor Fialkowski; grabado. — Bautizo del joven chino traído a Estrasburgo; grabado. — El rey y la reina de Siam; grabados. — Los cometas; grabado. — Revista de Paris. — Saccon de Canales. — Akil-Agha; grabado. — El conde Bentivoglio; grabado. — Luis Van Beethoven. — Maraton. — La fiesta de San Isidro en Madrid; grabado. — Fusil de vapor americano; grabados. — La venganza de una iroquesa. — Bolivia. — Fiesta en Utrecht; grabado. — Inauguración de la estatua del general de Lourmel; grabado.

## El emperador Napoleon III en Vichy.

El 4 de julio el emperador hizo su entrada en Vichy, á cuyas puertas salió á recibirle el alcalde M. Leroy, quien en breves palabras manifestó á S. M. la viva adhesión de aquellos habitantes y su profunda gratitud por la honra que recibían con su visita. El emperador respondió: « Os doy gracias por los sentimientos que me manifestáis, y trataré de que mi permanencia sea favorable para Vichy. »

El cortejo imperial siguió la calle de Paris, y luego pasando por delante del hospital militar y por la calle Lucas, desembocó en la plaza del establecimiento termal, donde la muchedumbre de bañistas y bebedores de agua esperaba á S. M. Mientras estallaban las aclamaciones, la orquesta del establecimiento tocó una *Marcha imperial*, compuesta por M. Bernardin, un músico distinguido.

El emperador se dirigió en seguida á su habitación, el pabellon Strauss, por la avenida central del parque. Digamos dos palabras sobre esta casa.

Strauss ha sido el director de orquesta mas famoso que han tenido los bailes de máscaras de la Opera de Paris, y la casa que se ha hecho edificar en Vichy es una especie de *villa* de un estilo compuesto entre italiano y francés. Parece una de aquellas habitaciones que tenían los nobles del antiguo régimen, acomodada á los gustos y á los hábitos de un rico de la época actual. Su aspecto no puede ser mas gracioso, aunque todo en ella es diminuto. Sin embargo, este pabellon ha sido elegido para residencia del emperador, quien le habita hoy con su edecan el general de Beville y un ayudo de cámara.

Difícilmente en verdad se habria hallado en Vichy un sitio mas quieto y apacible. En su derredor han improvisado en quince dias un lindísimo jardin inglés, con añosos árboles, bosquecillos espesos, fuentes, flores de todas clases y senderillos que serpentean por entre céspedes de un verde de primavera; todo lo que podia ofender la vista ha desaparecido como por encanto.

La casa que está precedida por el lado del parque de un terrado con balcon, tiene dos pisos, bajo y principal. Una vez que se ha subido una escalera de piedra y se ha atravesado la antesala, se entra en un saloncito destinado á los oficiales de ordenanza. Del comedor que está contiguo, se pasa á un hermoso salon estilo Luis XVI, al nivel del terrado. Todo el piso bajo está adornado con tanta sencillez como gusto, excepto el salon que es muy lujoso y se halla espléndidamente adornado.

En el piso principal han dispuesto á la izquierda una sala de baños y un cuarto de dormir con gabinete de tocador para el emperador; en el fondo, con vista al terrado, hay un gabinete de trabajo y una pieza para fumar, y á la derecha un aposento para el general de Beville, y un gabinete para el ayudo de cámara de Su Majestad. Toda la comitiva del emperador habita en la fonda contigua (*Hotel des Thermes*).

Por último, en el establecimiento termal han preparado en quince dias una sala de baños ingeniosamente distribuida y adornada con gusto. Está dividida en varios locales propios para baños de toda especie, y tiene dos entradas, una sobre la calle de Thermes, y la otra sobre la galería del parque que atraviesa interiormente todo el establecimiento.

La estancia del emperador en Vichy ha dado ya lugar á varios episodios interesantes. Cuentan que el dia que llegó S. M., una dama inglesa se quitó el chal para extenderlo por donde habia de pasar, pero el emperador lo levantó del suelo y se lo entregó con galantería á la dama.

Su Majestad cruzó el jardin imperial y se dirigió hácia el parque. La poblacion se agrupaba para verle y le saludaba con aclamaciones entusiastas, y habiéndose querido separar á la multitud, el emperador hizo un ademán para que la dejaran acercar.

Precedian tan solo al emperador, abriendo paso, algunas personas. Un aldeano al volverse se dejó caer el sombrero, el emperador se bajó á recogerlo y se lo entregó al buen hombre, que no acertaba á creer lo que veía. Un soldado veterano del primer imperio se arrojaba penosamente para ver al emperador, pero la multitud le rechazaba.

— ¿Es decir que no podré verle? exclamaba el anciano lamentándose.

De pronto dos brazos robustos le levantan y le colocan delante del emperador, y el héroe de esta hazana dice: — Mi emperador, este hombre no podia llegar hasta vos y os le traigo.

El emperador estrechó la mano del soldado, y un grito inmenso de ¡viva Napoleon! respondió á la débil voz del anciano, que derramaba lágrimas de emoción.

« El dia 7 de junio, dice el *Monitor*, Vichy presentaba un espectáculo tan insólito como pintoresco. Sus hués-

pedes habituales desaparecían en medio de la multitud de aldeanos que habian bajado de las montañas del Forés y de Auvernia. Mas de 10,000 campesinos con sus mujeres y sus hijos habian tomado posesión del parque, donde estaban literalmente acampados, rodeando la residencia imperial para no perder ninguna ocasion de ver y saludar al emperador durante el dia.

Cuando S. M. se dirigió á la iglesia, y en la hora de su paseo habitual, la inmensa multitud se apresuraba á verle y le acompañaba con las mas entusiastas aclamaciones.

Conmovido el emperador al ver la persistencia simpática de los campesinos que continuaban al anochecer en las inmediaciones del palacio, mandó que les dejaran entrar, y precipitándose todos afanosos por ver de cerca á su soberano, pasaron por delante de S. M. repitiendo mil veces los gritos de ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial!

Todos los dias hace el emperador alguna excursion á las cercanías de Vichy. »

## EL 15,700

PIEZA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,  
POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

## PERSONAS.

FRANCISCA.  
ISABEL.  
LINO.  
EL MARQUÉS.  
LUIS.  
IRENO.

*La accion pasa en Madrid.*

## ACTO UNICO.

Sala pobre.

## ESCENA PRIMERA.

ISABEL, LINO.

LINO.

¡Ay! prima, vén y verás  
El hallazgo que he tenido.

ISABEL.

Sepamos pues lo que ha sido.

LINO.

¡Esta cartera! (Mostrándosela.)

ISABEL.

¿No mas?

LINO.

Infinito, segun creo,  
Puede contener...

ISABEL.

(¡Pobrete!)

LINO.

¿Mira, vos? es un billete  
Para el próximo sorteo.  
Y me tiene enamorado;  
Pienso que va á hacer portentos.  
*El quince mil setecientos...*  
¡Digo, y número cerrado!  
¡Oh! si acierto, prima mia,  
En mis ideas remotas,  
Voy á calzarme las botas;  
Me cae la loteria.

ISABEL.

¡Qué presuncion!

LINO.

Lindo chasco

Seria, no poner nada  
Y ver mi suerte colmada...

ISABEL.

Temo que hará usted *fiasco*.

LINO.

En un potro y en mil potros  
Me pones con tu tibieza.  
¿Siempre usted? ¿no habrá franqueza  
Jauás aquí entre nosotros?  
¿No habrás de hablarme de tú?  
¿No harás, mi bien, que vislumbre...

ISABEL.

¿Qué quiere usted? es costumbre...

LINO.

Pues vaya con Belcebú.

ISABEL.

¿Y dice que es el billete...

LINO.

Para el sorteo de hoy.  
Hoy á pellizcarme voy  
Como cuatro y tres son siete.

ISABEL.

Sin gastar mucho seria;  
Que le viniera á caer  
Dos veces...

LINO.

Pues lo has de ver.

ISABEL.

Siempre el ciego ver querría.

LINO.

No me asustes; esa suerte  
Puede sacarme de apuros.  
Si no me caen veinte duros  
Siquiera... me doy la muerte.

ISABEL.

¿Qué está usted hablando?

LINO.

Primita,

¿Sabes tú lo horrible y fiero  
Que es el deberle á un casero  
Que solo en cobrar medita?  
¿Sabes tú los malos ratos  
Que me da el bribon del sastre,  
Y que amagando un desastre  
Están mis mustios zapatos?  
¿Sabes...

ISABEL.

Harto considero

Nuestra triste situacion.

LINO.

¡Ay, prima del corazon!  
¡Si yo tuviera dinero!

ISABEL.

¿Qué haria usted?

LINO.

Como lo digo,

En el instante, alma mia,  
Lo primerito que hacia  
Era casarme contigo.

ISABEL.

¡Quién sabe! (Si es tal su afan  
No quisiera verle rico.)

LINO.

Yo siento, aunque no lo explico,  
Que mi amor es un volcan.  
Y aunque el demonio me lleve  
Debo añadir al intento  
Que es mas vivo, mas violento  
Que un cohete á la congreve.  
Truéquese mi seso en agua  
Y me piquen cien avispas,  
Si de mi querer las chispas  
No son chispas de una fragua.  
¡Vive Dios! que ya me ahoga  
Mi fino amor, que te quiero  
Porque... pues, porque el caldero  
Va siempre tras de la sogá.  
Porque soy sombra sin tí,  
Y contigo me ilumina  
Luz chispeante, divina,  
Que en tus ojos entreví.  
No puedo decirte mas;  
Tan incendiado me encuentro  
Que ardo por fuera, por dentro,  
Por delante y por detrás.

ISABEL.

¡Siempre con el mismo tema!

LINO.

Isabel, tú eres el agua  
Que puede apagar la fragua  
En que tu Lino se quema  
Como si fuera de estopa;  
Aire que impulso daría  
A esta navecilla mia  
Que tras tí va viento en popa.  
Pobres somos, es verdad;  
Pero me acusa Cupido  
Y quiero ser tu marido.  
Desecha tu cortedad.

ISABEL.

¿Olvida usted la razon?...

LINO.  
Nada olvido : no, Isabel;  
Pero no seas cruel  
Con tu púdica pasión.  
Jamás falté á mis deberes  
Cumpliendo tus prescripciones;  
Mas las santas bendiciones...

ISABEL.  
Me voy.

LINO.  
¡Malditas mujeres!  
Cualquier cosilla os arredra.

ISABEL.  
(¡El diantre del mameluco!)

LINO.  
¿Quieres que sea?...

ISABEL.  
De estuco.

LINO.  
Sí, como tú que eres piedra.

ISABEL.  
Harto mi reputación  
Pierde viviendo en su casa...

LINO.  
Harto tu vista me abrasa...

ISABEL.  
Harto escuché esa canción,  
Y si no tiene presente  
Que mi madre al espirar  
Le hizo...

LINO.  
Me hizo jurar  
Lo que cumplí eternamente.  
Mas si impuso este tributo  
A mi amor, también ; oh, hermosa!  
Te mandó fueras mi esposa  
Cuando salieras del luto :  
Y creo si no me engaño,  
Que se cumplió...

ISABEL.  
No por cierto.

LINO.  
¿Cuánto hace que se ha muerto?

ISABEL.  
¡Pobre madre! medio año.

LINO.  
¿Y cuánto piensas llevar  
Ese lúgubre vestido?

ISABEL.  
Cuando el año haya cumplido,  
Puede...

LINO.  
¡Virgen del Pilar,  
Esto ya es inaguantable!  
¡Estar los dos tan cerquita,  
Yo joven, tú tan bonita,  
Y encontrarte inexpugnable!  
¿Quieres que me ahorque? Vamos,  
Todo es trabajo y enredo :  
Amor, trampas... no; no puedo :  
O te casas ó tronamos.  
Mas alguien llega; ¿quién es?

ISABEL.  
(Será él.)

LINO.  
Si es don Ireneo,  
Dile que no estoy muy bueno...  
Que estoy fuera, que...  
(Golpeándose los bolsillos.)  
¡Ya ves!

## ESCENA II.

DON LUIS, LINO, ISABEL, que marcha luego.

LUIS.  
¡Isabel!

ISABEL.  
¡Luis!

(Hablan un instante en voz baja, mientras Lino se pasea de un extremo á otro.)

LUIS.  
¿Y Lino?

LINO.  
Aquí estoy : ¿qué tal? (Vase Isabel.)

LUIS.  
Bien.

LINO.  
¿Sí?

Pues me alegro.

LUIS.  
¿Y tú?

LINO.  
Así, así.

LUIS.  
¿Estás malo?

LINO.  
Estoy que trino :  
Estoy dado á Lucifer,  
Loco de rabia, beodo;  
Estoy que muerdo; estoy todo  
Cuanto quieras suponer.  
Estoy por pegarme un tiro.

LUIS.  
¿Que siempre has de ser tan trueno!

LINO.  
¿Conoces á don Ireneo?

LUIS.  
¡Don Ireneo!

LINO.  
Sí, un vampiro;  
Un esqueleto ambulante  
Que no tiene edad segura;  
Horrible caricatura  
De famélico cesante,  
Facha innoble, rostro artero...

LUIS.  
¡Lindo es el retrato á fe!

LINO.  
¿Le conoces?

LUIS.  
No, no sé...

LINO.  
Pues, amigo, es mi casero.

LUIS.  
¿Le debes?

LINO.  
Con gran dolor.

LUIS.  
Entonces...

LINO.  
Me tiene frito.

LUIS.  
¿Habrá un acreedor bonito  
A los ojos de un deudor?  
Desecha pues tu ansiedad;  
Teniendo al lado á Isabel  
Debe ser menos cruel...  
Tu suerte.

LINO.  
Dices verdad :  
Sin ella mi estrella haría  
Que á exasperarme llegara,  
Y que al Canal me arrojara.

LUIS.  
¡Siempre idéntica manía!

LINO.  
Sin embargo, es tan cruel...  
Cuando su madre murió  
Su mano me prometió...

LUIS.  
¿Y en qué se funda Isabel?...

LINO.  
Se disculpa con el luto.

LUIS.  
(¡Prenda del alma estimada!)

LINO.  
Y en su honor parapetada  
Me maneja como á un bruto.  
Yo... ya ves, no soy de bronce;  
Ella es joven y harta bella,  
Y al verme solo con ella...

LUIS.  
(Mal rayo tu lengua tronce.)

LINO.  
Tanto desden me incomoda.

LUIS.  
(Y aumenta en mí la alegría.)

LINO.  
Si me cae la lotería...

LUIS.  
¿Qué?

LINO.  
Te convidó á la boda.

LUIS.  
¿Querrá Isabel?

LINO.  
Tanto tedio  
Me desespera y me mata;

Quiera ó no quiera la ingrata  
Se ha de casar sin remedio.  
No aguardo más ni un instante.  
¿Llamaron? (Sobresaltado)

LUIS.  
No : ¿qué te asombra?

LINO.  
¿Qué? don Ireneo; la sombra  
Que me persigue incesante.

LUIS.  
Deja ya tu comedilla.

LINO.  
Imposible; ese fantasma  
Me desespera y me pasma  
Como eterna pesadilla.  
Suponte tú que su tío  
Es un marqués sin dinero,  
Padre de un espectro fiero...  
¡Ay qué niña, Jesús mio!  
Es un feo tan hermoso  
Que el mismo Goya no hiciera  
Una figura tan fiera  
Con su pincel caprichoso.  
Tanto sube su fealdad,  
Que al instante que la ví  
En hechiceras creí,  
Y en duendes, te hablo verdad.

LUIS.  
¡Siempre así faltas poniendo!  
¿Qué daño te hizo esa bella?

LINO.  
Porque entre su padre y ella  
Y su primo estoy sufriendo.  
Figúrate que llegué  
A Madrid con mi futura,  
Y por mi mala ventura  
Sin dinero me encontré.  
En semejantes apuros,  
Viéndonos ya por aquí,  
A buscar cuarto salí  
Por los barrios extramuros.  
Llegué al fin con impaciencia  
A esta calle, ¡Dios me asista!  
Que solo diez pasos dista  
Del portillo de Valencia.  
En un tarjetón leí  
«Se alquila aquí un sotabanco.»  
Cojo me quedara y manco  
Antes que venir aquí.  
Me decido en conclusion;  
Subo la oscura escalera,  
Y mi duende, mi hechicera  
Mostróme la habitación.  
«Mi papá, dijo aquel ente,  
Es el marqués del Hogar;  
Puede usted con él hablar  
Y queda el trato corriente.»  
Bajé con aquella harpia  
Adonde su padre estaba,  
Que aun sin arco y sin aljaba  
Un Cupido parecía...

LUIS.  
Ya caigo, un viejo muy flaco.

LINO.  
El mismo.

LUIS.  
Tieso, muy tieso.

LINO.  
Como una estatua de yeso.

LUIS.  
Voz rara.

LINO.  
La de un berraco.

LUIS.  
Su hija, color moreno,  
Remilgada, fea...

LINO.  
La misma.

LUIS.  
El primo no tiene crisma.

LINO.  
El mismito: don Ireneo.

LUIS.  
Pues ese vistoso trio,  
Porque les debo la renta  
De dos meses, me revienta  
Diciendo : «venga lo mio.»  
Y sea por la mañana,  
Por tarde ó noche, ¡malditos!  
Me están confundiendo á gritos.

LUIS.  
Alguien llega.

LINO.  
¡Santa Ana!

(Se continuará.)

**Monseñor Fialkowski,**

ARZOBISPO DE VARSOVIA.

El arzobispo de Varsovia, cuyo retrato damos, había sido invitado por el príncipe gobernador de la Polonia á dirigir un mandamiento á sus diocesanos para que no entonaran en las iglesias ninguno de esos cánticos contrarios al gobierno en su sentido, y el prelado respondió á la invitación con una carta de la que tomamos el párrafo siguiente:

« En cuanto á la cuestión del efecto que podría producir mi mandamiento, diré que según la opinión general, ese efecto sería nulo; que por el contrario, esfuerzos de tal naturaleza no harían mas que irritar al pueblo excitándole mas y mas contra el clero y contra mí personalmente; que el pueblo perdería la confianza en sus directores espirituales, despreciaría su enseñanza y podría llegar hasta no cumplir con sus deberes religiosos, con gran perjuicio de la religión y de la salvación propia. El clero me ha justificado los temores en cuestión, exponiéndome que algunos sacerdotes que han hablado ya en varias iglesias contra los mencionados cánticos, han debido sufrir reconvencciones muy amargas ya de viva voz, ya por escrito, añadiéndome que al cabo y al fin la paciencia sería aquí el mejor de los remedios, y que los tales cánticos así como nacieron sin la iniciativa del clero, cesarían también por sí solos con el tiempo, conforme se vayan cal-



MONSEÑOR FIALKOWSKI, ARZOBISPO DE VARSOVIA.

mando los ánimos, á consecuencia de las medidas conciliadoras adoptadas por las autoridades. S. E. el señor director de la Instrucción pública y los cultos tendrá á bien convencerse en vista de todas estas consideraciones, de que mi autoridad pastoral que no descansa sino en bases religiosas y morales, no debe exponerse á una ruina evidente, ó cuando menos á un menoscabo en sus relaciones con el pueblo; que es imposible entregar al clero á todas las injurias, á todas las afrentas y á todos los odios con detrimento inevitable de la religión y de la moral; que la prohibición de los cánticos de que se trata no producirá el resultado que se desea, y que la apetecida calma de los ánimos no se logrará sino en virtud de la confianza que inspire el gobierno valiéndose de los medios que fácilmente le dictará su sabiduría.»

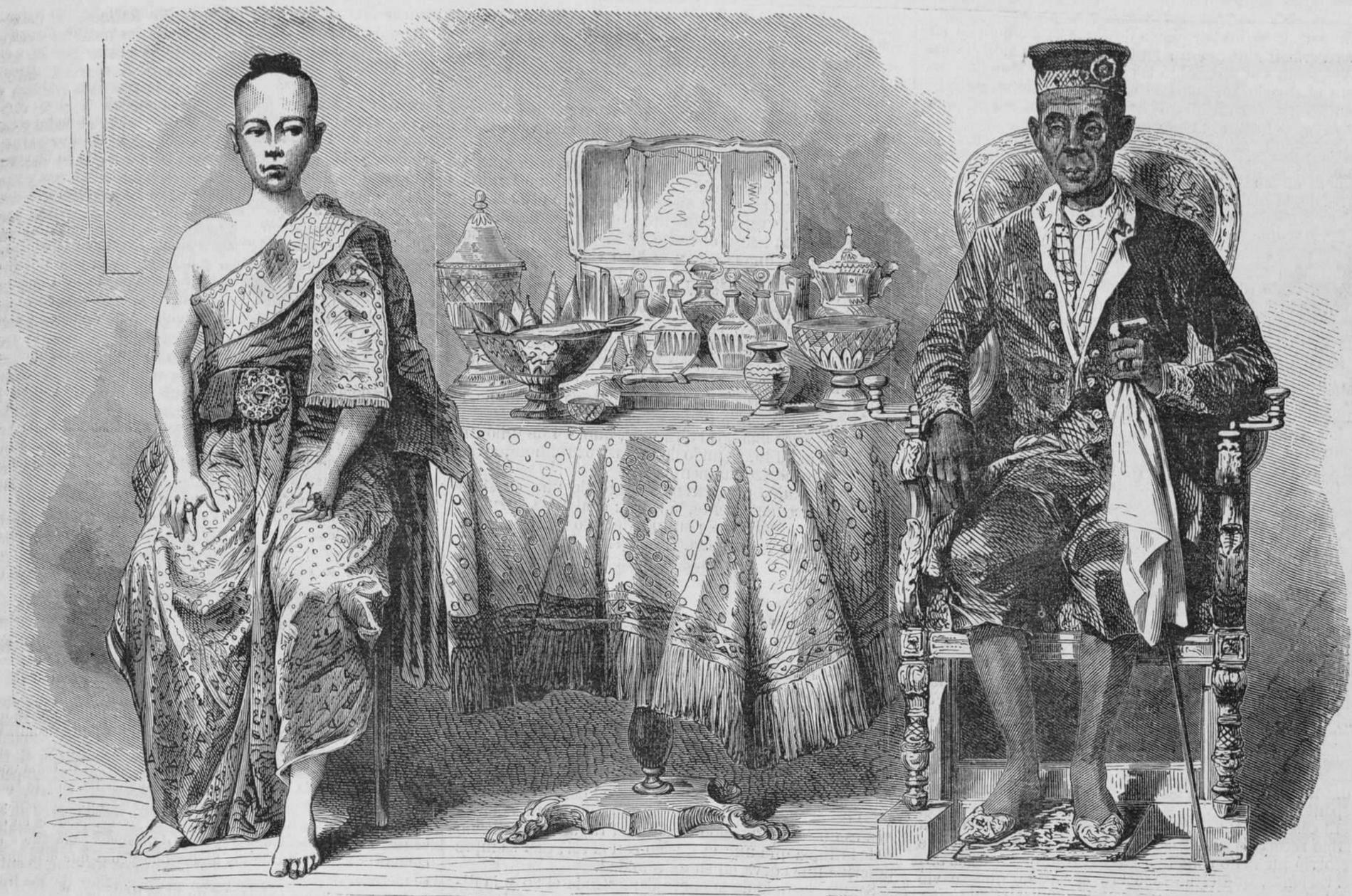
Estas palabras y los sentimientos que ellas manifiestan, hacen el mayor honor al patriotismo del señor arzobispo de Varsovia.

**El rey y la reina de Siam.**

Hé aquí el rey Somdech-Phra-Paramendr-Maha-Monghut y su real esposa, copiados de una fotografía que S. M. siamesa ha enviado al emperador Napoleón III. El rey y la reina han tenido la delicada atención de hacerse retratar, rodeados de los regalos que hace dos años les mandó entregar el emperador de los fran-



BAUTIZO DEL JÓVEN CHINO TRAIIDO A ESTRASBURGO POR LOS SOLDADOS DE LA EXPEDICION DE CHINA (Véase el nº 443).



EL REY Y LA REINA DE SIAM COPIADOS DE LAS FOTOGRAFIAS ENVIADAS POR ELLOS A S. M. NAPOLEON III.

ceses. El rey se halla sentado en un hermoso sillón que por medio de un resorte al alcance de su mano se sube y se baja, y entre un neceser de porcelana de Sevres y varios objetos de cristalería. El traje del rey es mas europeo que su nombre; lleva en la cabeza un gorro de inválido del hospital de Greenwich; calzon corto, chaleco, frac á la francesa, una corbata blanca prendida con una esmeralda ó un diamante; en su mano derecha cargada de sortijas tiene una caña con puño de marfil y un pañuelo; pero en cambio de todo este lujo las piernas reales están descubiertas segun el uso de Siam, y los augustos piés de S. M., calzados con ricas babuchas, descansan en un taburete de tapicería:

en resumen, el rey es inglés por arriba, francés por en medio, y por abajo indo-chino.

La reina sentada tambien, aunque menos cómodamente que su esposo, no se ha sacrificado como él á las modas extranjeras, y es siamesa en toda su persona; no lleva medias ni zapatos, y su tocado se halla completamente exento de artificios; se observará que S. M. está bastante escotada, pero de otro modo que las señoras europeas.

Damos tambien en esta página un fac-simile de la felicitacion dirigida á S. M. Napoleon III, emperador de los franceses, por S. M. Somdetch-Phra-Paramendr-Maha-Monghut, primer rey de Siam. Esta felicitacion, grabada en una caja de oro, fué presentada al emperador por el primer embajador de los reyes de Siam en la audiencia solemne de Fontainebleau, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

cribiendo elipses sumamente excéntricas, de modo que en su perihelio se encuentran tan próximos al sol como distantes en su afelio. Pero como deben ir perdiendo velocidad á medida que se alejan del sol, segun las leyes de la gravitacion, pueden estar muchos siglos lejos de nosotros, y aun moverse en curvas abiertas, que se llaman parábolas, y en este caso desaparecen de nuestro sistema solar para siempre. Por esta razon se llaman elementos elípticos ó parabólicos los elementos de la órbita de un cometa.

Al recorrer una curva tan extensa atraviesan cerca de algunos astros que ejercen sobre ellos la accion de la atraccion universal, cuyos efectos se llaman perturbadores, y son causa de que los cometas periódicos no aparezcan con la regularidad de los demás astros.

Los cometas no se presentan siempre bajo el mismo aspecto, no solo en sus diversas apariciones, sino que varian de forma de un día á otro, lo que unido á las perturbaciones es causa de que algunas veces no se pueda asegurar si un cometa es nuevo, ó ha sido ya observado.

Los cometas están formados generalmente de un nucleo algunas veces oscuro, rodeado de una aureola ó de nubes luminosas de brillo variable que se extienden despues en forma de ráfaga tan tenue que suelen verse al través de ellas las estrellas.

Muchas han sido las opiniones que se han emitido para explicar la causa de estas ráfagas ó colas que se extienden en direccion al sol.

**Los cometas.**

Como introduccion á las explicaciones que nos proponemos dar aquí sobre el cometa de 1861, creemos que nuestros lectores verán con gusto una breve noticia sobre estos astros.

Los cometas no son mas que unos astros pertenecientes, como los planetas y satélites, á nuestro sistema solar; dotados de movimientos mas ó menos regulares, pero conocidos; sujetos á la observacion y al cálculo, y cuya magnitud y distancia de la tierra pueden apreciarse.

En efecto, los cometas están regidos por las leyes generales del universo, que descubrieron Newton y Kepler.

El número de cometas que hasta ahora se ha observado es de 228, aunque unas tablas de Berlin aseguran que pasan de 700.

Para que un cometa quede determinado, es preciso conocer la inclinacion ó ángulo que forma el plano en que está su órbita con el plano de la órbita de la tierra, y la longitud del nodo ó del punto en que el plano de la órbita del cometa corta á la órbita de la tierra. Con estos dos elementos queda ya conocida la posicion del plano en que se mueve el planeta.

Para determinar de pues la posicion y forma de la curva que describe en este plano, es preciso hallar la longitud del perihelio, ó sea del punto de la órbita mas próxima al sol y la distancia del perihelio. Por último, debe observarse el movimiento del cometa, que puede ser directo ó retrógrado, es decir, de Occidente á Oriente, como el de los demás astros, ó en sentido contrario.

La observacion y la aplicacion de las leyes de Kepler nos ha dado á conocer que los cometas se mueven des-



EL COMETA DE 1861 OBSERVADO EN PARIS.

Offert Par Sa Majeste  
S.P.P.M. Mongkut le Roi  
De Siam A SA Majeste  
L'Empereur Napoleon III.  
พระบาทสมเด็จพระปรมินทรมหาภูมิพลอดุลยเดช  
ทรงยินดีเป็นเครื่องมงคลราช  
บรรณาการเจริญทางพระราช  
ไมตรี แด่สมเด็จพระเจ้า  
นโปเลียนที่สามพระเชษฐ  
ฝรั่งเศส

FELICITACION DE LOS REYES DE SIAM AL EMPERADOR DE LOS FRANCESES.

Kepler y la mayor parte de los astrónomos de su época creían que era un efecto de la impulsión de los rayos solares al caer sobre las tenues partículas que rodean el núcleo del cometa; pero observaciones modernas, hechas con un hilo de araña, han demostrado que los rayos del sol no tienen tal fuerza impulsiva.

La opinión más probable explica la formación de la cabellera por el gran aumento de calor que recibe el cometa en su perihelio, que hace evaporarse mucha parte de la materia que le forma, reflejando después el sol su luz en esta materia vaporosa extendida.

El calor que reciben los cometas del sol es muy suficiente para producir estos efectos y hasta para evaporar completamente el núcleo, como se ha visto alguna vez. El cometa de 1688 estuvo 166 veces más próximo que nosotros al sol, y debió experimentar un calor 28,000 veces mayor que el de la tierra, es decir, miles de veces mayor que el de la fusión del hierro.

La cola toma muy distintas formas: presentase recta, circular, bifurcada ó en forma de abanico; y muchas veces se ha dividido en dos ó más partes completamente separadas.

Los únicos cometas calculados con exactitud son cuatro: el de Halley, observado en 1682; el de Eneke, en 1818; el de Biela, en 1826, y el de Faye, en 1843.

Todos estos tienen órbitas pequeñas, pero hoy hay algunos, como el de Mauvais, en 1844, cuyo período se calculó en 100,000 años.

El que ha recibido el nombre de su calculador Donati, tenía una magnífica cabellera que se extendía más de 3,000,000 de leguas.

Viniendo ahora al cometa de 1861 que se nos ha aparecido con tanta magnificencia, ¿es el que fué anunciado para el año 1848 y luego para el 1860? Aun seguimos en la duda.

Para el año 1848 se pronosticó la vuelta de un hermoso cometa, del cual los historiadores hicieron mención en el año 1264, y que fué observado en 1556 por Fabricius.

En 1556 se vió en efecto un brillante cometa que igualaba en tamaño á la mitad de la luna, con cabellera bastante corta, su movimiento parecía el de la llama de una antorcha agitada por el viento, y fué el cometa que espantó á Carlos V.

El célebre Halley determinó el camino que el cometa había recorrido en el cielo, y siendo semejante al que recorrió un bello cometa en 1264, resultó de estas observaciones, que el de 1556 era el mismo que se vió en 1264, y que este cuerpo celeste empleaba 292 años en hacer su revolución al rededor del sol; por lo cual se debía volver á ver en 1848.

Estos cálculos no se realizaron, pues que no apareció ningún cometa en aquel año.

Para el año anterior de 1860 calculó el astrónomo holandés M. Bone, la vuelta de este cometa, y tampoco se verificó este anuncio.

El que nos sorprende en el día reúne circunstancias de tamaño, magnificencia y movimiento en su luz, que pueden aplicarse á los anteriores.

De las noticias que han publicado las Academias y observatorios sobre este cometa, extractamos lo siguiente:

El primero que estudió este astro fué el infatigable M. Goldschmidt, que le descubrió el 28 de junio y estudió el 30. Sus cálculos le dan la misma posición que al cometa de 1556, conocido con el nombre de Carlos V.

La Academia francesa de ciencias ha querido decidir si efectivamente era ó no este cometa el de 1264 y 1556.

M. Babinet, que ha escrito mucho sobre el cometa de Carlos V, afirma que el del 30 de junio es una reaparición de aquel. Para demostrarlo, recuerda lo que ha dicho ya varias veces acerca de la equivocación de los primeros cálculos que se hicieron anunciando su vuelta para 1848; cita los de M. Bomme de Zelanda, que fijó su aparición en 1858; sostiene que es muy posible el error de cuatro años en el cálculo, y hace ver, en fin, la concordancia entre la posición de este cometa y la que dan las tablas de Hind.

Pero M. Le Verrier contesta con una negativa absoluta, y asegura que es un cometa enteramente nuevo. Prescindiendo pues de esta parte de la cuestión que tan desunidos tiene á los astrónomos, tomaremos del segundo escrito publicado por M. Le Verrier las interesantes observaciones que contiene sobre este astró errante:

« El día de la observación, la línea que unía el sol al cometa, formaba con la que une el sol á la tierra y es conocida, un ángulo de 4°. El rayo visual, uniendo la vista del observador al cometa, formaba con esta misma línea un ángulo de 24°. La resolución del triángulo formó así da la distancia del cometa á la tierra. Se encuentra por el lado desconocido del triángulo 0 17 de distancia de la tierra al sol, sea sensiblemente de seis á siete millones de leguas por las distancias del astro á la tierra el 30 de junio último. La longitud de la cabellera podría ser determinada por una vía análoga.

El cometa se aleja de nosotros con velocidad; á nadie debe asombrar la disminución de su brillo. El 10 de julio estará á igual distancia de la tierra y del sol; pronto le perderemos de vista, y solamente los astrónomos podrán con sus instrumentos poderosos seguirle todavía un mes y quizá más.

Este cometa se compone, como casi todos los de gran magnitud, de un núcleo pequeño y muy brillante, de una aureola extensa muy luminosa, de un penacho hacia el lado del sol y de una cabellera en sentido opuesto.

El penacho, según M. Chacornac, es excéntrico y está compuesto de seis ramas curvas y radiantes. La curvatura de estos rayos, de los cuales el más largo excede de los demás menos de un minuto de arco, está en todos en

igual dirección, lo cual da al astro el aspecto de una rueda de cohetes en movimiento giratorio. La longitud de la cabellera es de 45 grados. La luz de la cabeza está débilmente polarizada.

Causa á muchos sorpresa que cometas tan brillantes se presenten de pronto y no se anuncien por los astrónomos, al menos la víspera del día en que los ve todo el mundo. La razón de esto es muy sencilla.

El 20 de junio la distancia del cometa al polo era de 26 grados próximamente; se ocultó al mismo tiempo que el sol, y por tanto no pudo verse. Pero el 30 el cometa, que tiene un movimiento rapidísimo, había subido 12 grados hacia el Norte, y no se ocultaba sino mucho después que el sol, y se hizo visible para todos.

Ofrece además una singularidad notable: M. Chacornac ha estudiado su núcleo con un telescopio de M. Foucault de 0<sup>m</sup>30; en vez de ser hueco, á semejanza de media cáscara de huevo, como la mayor parte de los astros observados ya, presenta el aspecto de un verdadero sol artificial cuyos rayos curvos girasen en idéntico sentido. Luego el astro no se ha aproximado al sol.

Hechos son todos estos muy propios para complicar notablemente la teoría de los cometas.»

M. Le Verrier añadió al terminar, que el 4 de julio un magnífico aerolito, seguido de un rastro luminoso, atravesó el cielo horizontalmente.

Para concluir, nos haremos cargo de una cuestión suscitada frecuentemente, á saber: cuál sería la suerte del globo terráqueo si en su movimiento de rotación se encontrase con un cometa. Esta eventualidad que tanto ha dado en qué pensar, se habría producido muy recientemente, si ha de darse crédito á una interesante comunicación que acaba de dirigir al *Times* M. Hind. Hé aquí lo que dice el célebre astrónomo inglés:

« Es probable que durante el día del domingo 30 de junio, la tierra atravesó la cabellera del cometa á distancia de más de dos terceras partes de su extremidad partiendo del núcleo.

La cabeza del cometa se hallaba en la eclíptica á las seis de la tarde el 28 de junio, á una distancia de 13 millones 600,000 millas de la órbita de la tierra. Siendo su longitud vista del sol de 279 grados 1 minuto, la tierra se hallaba en este momento á 2 grados 4 minutos detrás de este punto, pero debió llegar á él el domingo último, poco después de las diez. La cabellera de un cometa rara vez es una prolongación exacta del rayo de trasmisión ó de la línea que une el núcleo con el sol; casi siempre describe una curva en su extremidad.

Según el grado de la curva demostrada el 30 y la dirección del cometa, opino que la tierra encontró muy probablemente la cabellera del astro en la mañana de este día, ó que se encontraba en una región que había sido barrida pocos instantes antes por la sustancia cometaria.

Puedo añadir que el domingo por la noche, cuando el cometa era tan visible en la región Norte del cielo, se produjo una fosforescencia ó iluminación de la bóveda celeste que atribuyo á una aurora boreal. Esta fosforescencia inusitada fué observada por muchas personas, y al pensar en la corta distancia que nos separaba aquella noche del cometa, quizá sea asunto digno de investigación el saber si tal efecto puede ser atribuido á nuestra proximidad á las regiones donde él se encuentra.

Si semejante iluminación del cielo ha sido observada generalmente en la superficie de la tierra, este hecho sería ya muy significativo.»

Sabido es que Newton creía que los cometas reemplazaban el germen productivo de la humanidad, en vez de los planetas. Esta humedad debe tener un manantial de renovación.

¿Son pruebas y consecuencias de estos datos las abundantes lluvias de estos últimos días?

M. Hind señala estos hechos á la atención de los hombres competentes.

### Revista de Paris.

Tanto en Paris como en Londres no se habla esta semana más que de una cosa: un francés de noble cuna, viudo de una inglesa, y que se había hecho numerosos amigos en la alta sociedad británica, acaba de atender á la vida de su hijo, próximo á entrar en su mayor edad, por los motivos más viles y de la manera más cruenta.

Muchas y muy variadas son las relaciones que han publicado los periódicos sobre esta tentativa de asesinato; pero si los detalles son diversos, en el fondo todos están acordes.

El baron de Vidil, así se llama el acusado, se introdujo en la sociedad inglesa gracias á su matrimonio con miss Susana Jackson, de una rica familia del condado de Hertford. De esta unión que tuvo efecto en 1835, nació un hijo. La baronesa de Vidil murió, y parece ser que su fortuna personal, administrada por el baron, debía pasar á este hijo cuando hubiese llegado á su mayoría. La época de esta mayoría se acercaba, y como el padre había disipado la fortuna de su madre, y se hallaba por consiguiente en la imposibilidad de cumplir con lo dispuesto en el testamento de su difunta esposa, ideó evitar este apuro acabando á mano airada con su hijo.

El 28 de junio último el padre, que se hallaba hospedado en Clarendon-Hotel, va á buscar al joven que vivía cerca, y ambos toman el ferro-carril en la estación de Waterloo para dirigirse á Claremont, donde quería hacer una visita á la reina-melía.

Llegados á Twickenham, el baron y su hijo alquilan dos caballos y se encaminan á Esher. Aquí el baron deja á su hijo en el hotel, hace el solo la visita en cuestión, y luego se re-

unen de nuevo y vuelven á tomar el camino que habían traído.

Durante este regreso el hijo nota un cambio de modales en su padre, que hace encabritar á su caballo para excitar el de su hijo.

De este modo llegan á Hampton.

El padre convida al hijo á comer en Hampton-Court, y el hijo no acepta dominado ya por extraños presentimientos.

Atraviesan el parque de Bushey, toman el camino de Twickenham, y á lo mejor el padre se desvía y entra en un sendero estrecho y desierto.

El hijo pregunta porqué elige esa vía, y el baron responde que se encuentra un poco indispuerto.

Los jinetes adelantan por una espesa avenida sombría y solitaria, y de repente el joven se siente herido en la cabeza, mira de dónde viene el golpe, y descubre á su padre detrás de él con el brazo levantado y armado con un instrumento contundente. El joven recibe otra herida, la sangre corre de su frente, y ya le amenazaba el golpe mortal, cuando da de espaldas á su caballo y logra escaparse corriendo hasta que encuentra á un hombre á quien implora de rodillas que le salve de manos del asesino.

Los periódicos ingleses añaden que dos personas han visto al baron herir á su hijo.

Inmediatamente después de cometido el crimen, M. de Vidil vino á Paris, donde ha sido preso en el Jockey Club, establecimiento que frecuentaba mucho durante las largas temporadas que pasaba en esta capital.

Su hijo se encontraba el miércoles último bastante bien de sus heridas para haber podido contar al juez que instruye la causa todos los pormenores de la tentativa á que ha estado á punto de sucumbir, y entre tanto el acusado ha llegado á Londres, donde se encuentra preso á la disposición de la justicia.

Dícese que el baron pretende defenderse diciendo que su hijo padece de locura.

De todos modos, este proceso criminal va á presentar un gran interés, tanto por el horror que inspira el crimen, como por la elevada posición del hombre que ha tenido valor para cometerle.

Acaba de morir en Paris un anciano bondadoso que se ha distinguido particularmente por una manía hija de su misma bondad, su amor á los pájaros.

El señor Da Gama Machado, portugués muy rico, tenía una loca afición á toda clase de pájaros, y había llevado de ellos su habitación del muelle Voltaire, habitación que á pesar de sus sesenta años, había elegido en un tercer piso, á fin de consagrar algunos centenares más de francos cada año á la compra y al cuidado de los lindos huéspedes que ocupaban su morada.

Este señor había publicado un libro titulado: *Teoría de las semejanzas*, donde sostenía ardientemente la superioridad del pájaro sobre el hombre.

Y sin embargo, no se vaya á deducir de esta famosa teoría que el señor Machado aborrecía á los hombres; todo lo contrario, se mostraba con ellos caritativo hasta lo sumo, y el fúnebre carruaje que le ha llevado al cementerio, ha sido acompañado por un cortejo inmenso formado por los pobres á quienes había socorrido.

Tenemos que contar esta semana un principio de historia cuyo desenlace se espera próximamente.

A principios del mes actual un joven vizconde que se disponía á partir para un viaje lejano, había querido reunir en un banquete de despedida á varios de sus más íntimos amigos.

En este convite figuraban también algunas señoras, unas casadas y otras dueñas aun de sus voluntades.

Entre estas últimas se encontraba enfrente del vizconde una admirable criatura, morena de ojos negros tan hechiceros como si provinieran del hermoso suelo de Andalucía.

El vizconde no la había visto más de un par de veces, y si le habían seducido hasta lo sumo su belleza y su gracia, jamás había pensado en ella de veras, no pudiendo suponer además que una joven tan notable no hubiese llamado la atención de algun pretendiente.

A los postres, los amigos del viajero echaron varios brindis con el entusiasmo que presta el champaña á las cabezas juveniles.

La morena que aborrece el vino, se había abstenido naturalmente de tomar parte en estas manifestaciones.

— ¡Cómo! ¿Y Vd. no echa un brindis? la preguntó el que tenía al lado.

— Sí, señor, respondió la joven; ¡brindo por el viajero! exclamó tomando su copa.

— ¿Qué es eso? repuso este sonriendo; ¿con agua? No vale.

Al oír esto dejó su vaso, tomó otro vacío, le presentó al criado que estaba detrás de ella, humedeció sus labios en el vino que contenía, hizo una mueca que produjo una risa general, y solo respondió con una graciosa sonrisa á las aclamaciones con que fué recibido este acto heroico.

Todo ello tuvo lugar con tanta naturalidad y sencillez, que el vizconde que al pronto había tenido como un deslumbramiento, vino á decir después que sus ideas eran dignas de un fatuo.

Al cabo de un instante se levantó de la mesa, y aquella misma noche emprendió su viaje.

Pero hé aquí que este viaje que debía ser tan largo, apenas ha durado quince días; el vizconde, sin poder alejar de su mente la imagen de la mujer que no pudiendo sufrir el vino quiso beberlo en su obsequio, ha vuelto á Paris decidido á pedir su mano á la morena de los ojos negros que ha conquistado su amor con un rago tan inocente.

En el teatro del Vaudeville se ha estrenado esta semana una bonita comedia cuyo argumento está sacado del libro de M. About que se titula *los Matrimonios de Paris*. La novelita que ha suministrado el asunto se titula *el Busto*, y es sin contradicción una de las mejores que ha escrito este autor tan aplaudido actualmente.

No es decir que la idea sea muy nueva, pero tiene una

gracia incontestable. y es seguro que podía dar al teatro una intriga de las mas entretenidas que sea posible imaginar.

Nada mas verdadero y mas exacto que el tipo de la tia Michaud, que es una buena mujer en el fondo, viva como una pólvora, loca por su sobrina, un poco pagada tambien de su persona y tan desdenosa de la pureza en el hablar como un habitante del Mediodia.

Esta buena señora se ha empeñado en casar á su sobrina con un noble, y á la verdad puede intentarlo, pues la niña posee un dote de ocho millones.

M. About es muy generoso con sus heroínas.

— ¡Un noble! exclama la jóven, consiento en ello; pero no quiero un conde ó un marqués.

— ¿Pues qué quieres?

— Un príncipe.

— ¡Un príncipe! Vaya por el príncipe; te prometo que lo será y de veras.

Victorina es una buena muchacha y no tan loca como su tia, aunque su cabeza está un poquito trastornada con la lectura de folletines novelescos.

En este ramo de literatura está por lo mas fantástico, y los príncipes de los cuentos de hadas han fascinado su imaginación hasta el punto de que desea uno de ellos por esposo.

Ahora bien, un día que está entregada á sus lecturas favoritas, ve caer á sus piés por el balcon un jóven á quien ha visto una noche en el baile de la embajada de España.

El desconocido la explica con la mayor frescura y sencillez, que es un escultor, que su tia le ha mandado á buscar para hacer su busto, que ha estado llamando inútilmente á una verja abandonada, y que por fin se ha decidido á entrar en la casa saltando al balcon.

¡Un escultor! Es imposible. Victorina conoce muy bien las supercherías de los amantes en las novelas encantadas.

Estaba esperando á un príncipe, y un príncipe ha llegado. Que se haga pasar por escultor está muy bien, pero no por eso deja de ser príncipe. En todas las novelas estos señores acostumbran á disfrazarse para introducirse ante la dama de sus pensamientos.

Así comienza la comedia de M. About, y no se puede negar que este principio es muy propio para interesar y distraer á los espectadores.

Lo restante se adivina fácilmente.

Daniel el escultor, poseído de la fiebre del trabajo, modela el busto, que se parece hasta dejarlo de sobra. La duda es imposible; Daniel es un escultor, no es un príncipe.

La tia se queda aterrada. ¿Cómo arrancar del corazon de la jóven el amor que involuntariamente le ha inspirado el artista?

Este se encarga de ello fingiéndose borracho, pero le faltan las fuerzas para llevar adelante esta ficción, pues tambien él se ha enamorado perdidamente de la jóven y encantadora heredera.

En suma, la tia, convertida de repente á la supremacia del talento sobre el blason, concede al escultor la mano de Victorina, y echa á la calle á dos pretendientes nobles, un vizconde y un baron, que por supuesto son dos prototipos de necedad y fanfarronería.

La comedia, perfectamente desempeñada, abunda en agudezas y chistes. Queremos citar un ejemplo.

La tia Michaud, en el colmo de la sorpresa cuando descubre que el príncipe es un escultor, exclama sin quererlo creer:

— ¡Vos, artista!... No puede ser; ¿acaso rompéis los platos?... estoy segura de que ni una sola vez habeis bebido con exceso... además ¿en dónde está vuestra pipa?

— ¡Oh! señora, tengo mas de una, tengo muchas.

— Pero ¿dónde están?

— En mi casa.

— Pues haberlas traído.

Nada mas cómico ni de mejor ley que este último rasgo.

Vamos á terminar confirmando á nuestros lectores la noticia de que M. Thiers no queria aceptar la suma de 20,000 fr. unida al premio fundado por el emperador, y que le habia otorgado la Academia por su *Historia del Consulado y del Imperio*.

Efectivamente, el ilustre historiador ha escrito una carta con fecha 7 de julio, en la que despues de dar las gracias al Instituto por el premio en cuestion, que considera como la primera de las recompensas que podia obtener un trabajo en que ha gastado veinte años de su vida, comunica á la docta corporación su proposito de aceptar el premio fundado por el emperador, dejando la suma de 20,000 fr. que á él corresponde para fomento de las letras. M. Thiers se propone suplicar á la Academia francesa que tenga á bien aceptar la cantidad susodicha y destinar la renta que produzca á fundar premios para los trabajos literarios que á su juicio merezcan esta distinción lucrativa y honorífica.

MARIANO URRABIETA.

## Sacedon de Canales.

### I.

Nunca he intentado explicar lo que siento ante un monton de ruinas, porque es tan vago, tan misterioso, tan profundo el sentimiento que me inspiran, no ya solo las de una ciudad ó un monumento célebre, sino hasta las de una humilde cabaña, que en vano trataria de explicar ese sentimiento.

Ayer pasé por una pobre aldea y nada llamó mi atención en ella, porque realmente nada habia allí que saliese de la esfera común: edificios, historia, costumbres, inclinaciones, naturaleza, todo me pareció vulgar, y en realidad lo era; pero hoy vuelvo á pasar por aquel sitio, y al ver allí solo un monton de solitarias ruinas, me detengo á contemplarlas con el corazon triste y agitado por un sentimiento indefinible.

Yo no sé si el sentimiento que las ruinas me inspi-

ran, es el de la curiosidad ó el dolor; pero sí sé que es triste y lleno de la vaga melancolía que siente el alma cuando al tocar el sol en el ocaso contemplamos el último rayo que dora la cúspide de la montaña.

Una pobre mujer de esas que á fuerza de sentir mucho saben expresar algo, exclama en uno de los *Cuentos de color de rosa*:

— « ¡Ah señor, qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! ¡Cuando pasamos mi hijo y yo junto á esa aceña arruinada que hay á la orilla del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aun ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aun se conserva allí frio y solitario, y aquellas letras hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aun se ven en la pared, y aquellos clavos que aun permanecen junto á la ventana! »

Quizá estas palabras pueden servir de clave para descifrar el enigma del sentimiento que las ruinas inspiran: todo lo lejano es hermoso y triste; y por eso son tristes y hermosos los recuerdos.

¿Qué son si no recuerdos las ruinas?

Por evitar una redundancia no he puesto *Recuerdos y ruinas* á la cabeza del libro que voy escribiendo.

### II.

A cuatro leguas de Madrid hubo una villa de trescientos vecinos que llevaba el nombre de Sacedon de Canales.

Estaba situada á trescientos pasos del rio Guadarrama, en un vallecito que desemboca en el rio, cuya corriente tropieza allí con un cerro y tiene que dar una penosa revuelta.

Los vecinos de Sacedon tenian por costumbre inmemorial prestar su auxilio al rio para que pudiese continuar su camino, y el rio les mostraba su agradecimiento absteniéndose de invadir las hermosas huertas que los de Sacedon ostentaban á su margen, y no sintiendo que subiese á la villa ninguna de las tercianas que llevaba consigo para castigar á los pueblos desdichados ó mal intencionados que le negasen auxilio ó le pusiesen obstáculos para caminar.

A principios del presente siglo los vecinos de Sacedon probaron la fruta del árbol de la ciencia, es decir, supieron que el rio llevaba un nombre arábigo, y determinaron negar su auxilio al infiel, sin considerar que la caridad no tiene límites.

El Guadarrama hizo titánicos esfuerzos para salvar los muros de arena que se oponian á su paso, y con furiosos bramidos llamó en su auxilio á los moradores de la villa, pero estos no se dignaron bajar y auxiliarle. Entonces el rio indignado, acampó en las floridas huertas de la vega, talándolas sin misericordia, y soltó el enjambre de tercianas que llevaba consigo, y que subiendo por el vallecito arriba, invadieron la villa y se cebaron horriblemente en los moradores.

Hacia 1817, Sacedon de Canales empezó á figurar como *despoblado* en la estadística territorial de España, y su archivo municipal yacia incorporado al de Villaviciosa de Odon, sin que hubiese nadie que por curiosidad ó por interés se acercase á hojear aquellos protocolos en que durante muchos siglos se habia ido reflejando la vida de un pueblo rico y alegre y dichoso.

En 1848 dirigíame yo á Villaviciosa con objeto de hacer algunas investigaciones en el archivo de aquella villa, y al salir de Madrid supe que el último alcalde de Sacedon de Canales ganaba miserablemente la vida en una chocita, en la que vendia fósforos y otros objetos en el puente de Segovia, donde en efecto me encontré con un anciano, cuyos ojos se arrasaron en lágrimas apenas pronuncié el nombre de Sacedon.

— ¡El último que abandonó á Sacedon fui yo! me dijo con la profunda pena del desterrado que tiene la certidumbre de que nunca ha de tornar á la patria.

— ¿Y no ha vuelto Vd. nunca por allá?

— ¡Nunca!

— ¿Porqué?

— ¡Porque al llegar allí me moriria de pena, y allí no existe ya aquel campo santo adornado de cipreses y rosales donde descansaban mis padres, mi esposa, mis hijos, mis hermanos y mis amigos!

¡Comprendí el dolor del anciano y continué tristemente mi camino, que yo era tambien desterrado y veia á lo lejos un campo santo donde duermen el sueño eterno muchos seres queridos, y donde tal vez no me será dado dormirle!

### III.

— ¿Dónde está Sacedon de Canales? pregunté al mayoral de la diligencia al llegar á las alturas que dominan á Villaviciosa.

— ¡Ve Vd. allá, al otro lado del valle, una cañada cubierta de árboles que baja hasta el rio? me preguntó el mayoral señalando hácia el Poniente.

— Sí.

— Pues aquella es la barranca del Muerto.

— ¿Pero dónde está Sacedon?

— Estaba en aquella barranca.

— ¿Y no queda ya nada del pueblo?

— Haga Vd. cuenta que nada.

— Me parece que á la derecha de los árboles se distingue un edificio.

— Es la torre de la iglesia, que es lo único que queda del pueblo.

— ¿Y porqué llaman al sitio donde estuvo el pueblo la barranca del Muerto?

— A la cuenta será porque ha muerto el pueblo.

Sonreime de la lógica del mayoral, aunque á la verdad menos sólida la usan muchos etimologistas que blasonan de padres maestros, y aquel dia no volví á acordarme de Sacedon de Canales.

Al siguiente me fuí al archivo municipal, y al ver en el rincón mas oscuro cubiertos de polvo y telarañas y completamente olvidados los legajos pertenecientes al de Sacedon, yo no sé qué misterioso sentimiento se apoderó de mí: me parecia que el espíritu de la villa desolada habia sobrevivido á la materia, y desde aquellos papeles que le servian á la par de cárcel y de refugio podia misericordia.

Ocho dias pasé examinando los protocolos de Sacedon, familiarizándome con el nombre de sus moradores, con sus plazas, con sus calles, con sus campos, con sus discordias, con sus calamidades, con sus amores, con sus fiestas, con su vida, en fin de tal modo, que al cabo de aquel tiempo me parecia haber vivido en Sacedon y conocerle como el anciano que no podia pronunciar su nombre sin llorar.

Una tarde tomé el camino del Guadarrama. Aquel camino empezó á despertar en mí el sentimiento indefinible que despiertan las ruinas, porque la yerba y la zarza brotaban en él, y lo que tenia evidentes trazas de haber sido carretera muy frecuentada, era ya una senda estrecha y solitaria.

¡Aquel camino conducia en otro tiempo á la villa de Sacedon de Canales, y ya solo conducia á la barranca del Muerto!

Un recuerdo de mi niñez acudió á mi memoria.

Habia en mi aldea dos caseríos separados por un verde prado, y en ellos vivian dos jóvenes amantes. A fuerza de visitarse estos mutuamente, fueron señalando en el prado una senda que se distinguía perfectamente desde lejos. El jóven murió, y quince dias despues la senda habia desaparecido, porque la yerba habia vuelto á brotar en ella.

Tal fué el recuerdo que acudió á mi memoria al recorrer el camino por donde en otro tiempo se visitaban mutuamente Sacedon de Canales y Villaviciosa de Odon.

### IV.

La tarde estaba triste, triste como la idea y el sentimiento que las ruinas inspiran.

Llegué á la orilla del Guadarrama, y en la margen opuesta, allí donde en otro tiempo se extendian fructíferas huertas y arboledas, solo encontré inútiles junciales y ponzoñosas lagunas.

El rio rugia colérico, como si su venganza no estuviese aun satisfecha con la desolación á que habia condenado á la vega que en otro tiempo fecundaba.

Y sin querer detenerme en aquella triste soledad, tomé vallecito arriba.

Apenas habia dado trescientos pasos, alcé la vista y miré en mi derredor buscando la villa en que yo habia vivido con el pensamiento por espacio de ocho dias, y el corazon se me oprimió de tristeza al ver la soledad que reinaba allí donde la vida y la alegría reinaron en otro tiempo.

¡Ay! era un inmenso hogar, desierto, frio, desamparado, el que mis ojos contemplaban.

A mi derecha una heredad donde el trigo brotaba difícilmente entre escombros, y en medio de la heredad un campanario sin cruz y sin campanas, inútil para la tierra y el cielo como un corazon sin amor y sin fe.

A la izquierda intrincados zarzales, entre los que se descubrian algunos álamos agobiados por la vejez y el desamparo, y tal vez, Dios mio, por los recuerdos de las alegres fiestas y los dulces amores que protegieron con su sombra.

A mi derecha los gritos de las urracas, y á mi izquierda el sordo murmullo de un arroyo, me parecian la quejumbrosa voz de aquellos muertos cuya última morada habia ido á surcar y profanar el arado del labrador.

— Haces bien, exclamé, haces bien, pobre anciano del puente de Segovia, en no tornar á estas soledades, que estas soledades gritan: — « ¡Oh vosotros; los que por aquí pasais, contemplad y ved si hay un dolor como el nuestro! »

Sobre las santas ruinas del templo, doblé la rodilla, y recé y lloré.

¡Para qué he de decir lo que entonces sentí, si los que no tienen corazon no lo han de comprender, y los que le tienen lo comprenden sin decirselo!

Luego me interné en los zarzales de la izquierda, donde el arroyo murmuraba tristemente, y en la barranca del Muerto! que en muchos de los procesos conservados en el archivo municipal de Villaviciosa habia yo leído pasajes como este: — « E otrosi dijo que la querrela acaesció en la alameda allende el arroyo, do es la fuenteica de la villa, e do se ayuntan los mozos e las mozas las tardes de disanto para se solazar... » y deseaba refrigerar mis labios en la fuenteica de la villa, y sentarme al pié de los álamos donde se solazaban las tardes de disanto los mozos y las mozas.

¡Solo encontré una charca cenagosa, y esparcidos en sus cercanías algunos troncos de álamos podridos!

Y entonces, fatigado de emoción, incliné la vista al suelo y levanté el corazon á Dios, pensando cuán triste seria la tierra si tras lo perecedero de ella no estuviese lo eterno del cielo, y descendí tristemente por la barranca del Muerto.

ANTONIO DE TRUEBA.

**Akil-Agha,**

JEFE DE LAS TRIBUS ÁRABES DEL MONTE THABOR.

El señor conde Bentivoglio, cónsul general de Francia en Beyruth, recibió el encargo de entregar unas hermosas armas á Akil-Agha, regaladas por el emperador Napoleon III, en recompensa de su laudable conducta cuando los sangrientos desórdenes de la Siria. Akil-Agha recibió á mayor abundamiento la cruz de la Legion de Honor. Nuestros dibujos representan los retratos del conde Bentivoglio, del agha y de su familia. El conde Bentivoglio es hermano de la condesa Walewska.

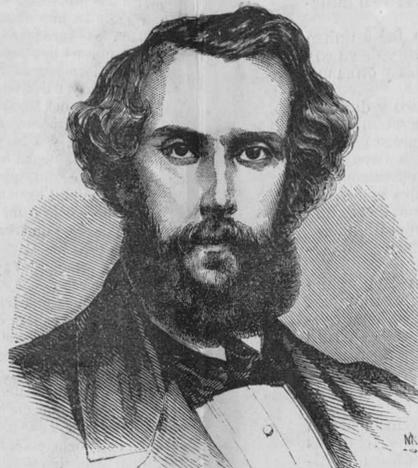
**Luis Van Beethoven.**

¿Habeis oido alguna vez las terribles notas de la *marcha fúnebre en la muerte de un héroe*?

Son unas armonías vagas, misteriosas, indefinibles, á las que anima un canto estridente y dolorido: son unos ecos aislados, reunidos por un dolor inmenso, que agitan hondamente vuestro espíritu para sumergiros en la desesperacion.

Son mas: son el alma de Beethoven que vuela al cielo sin haber hallado sobre la tierra otra gloria que la del martirio, otro amigo que su música, otro consuelo que la muerte.

Yo he oido esa inspiracion que hacia temblar mis miembros, y he soñado que en una noche horrible, sin estrellas, sin la luz de los relámpagos, sin la oscuridad de las nubes y sin la grandeza del espacio; que en una noche que me envolvía por todas partes y que apenas dejaba salir el aliento de mi boca, esa musica fantástica ha llegado hasta mis oidos majestuosa, irresistible y anunciando la eternidad, que solo ella comprende; y que acercándose mas y mas, dejó suspendido mi pensamiento en el cerebro, mis palabras sujetas en los labios, mi corazón



EL CONDE BENTIVOGLIO, cónsul general de Francia en Beyruth.



VISTA DE NAZARETH.

sin movimiento, y mi pecho sin aire que respirar. ¡Oh! si la música hubiese de ser adorada como Dios, yo adoraría á Beethoven como su personificación terrible y sublime: yo adoraría á ese genio á quien no inspira el llanto de Donizetti, ni la melancolía de Bellini, porque me aterra y fascina, sin que pueda darme cuenta de mis impresiones.

¿Habeis oido su *Fidelio*, sus vales, sus sinfonías? No penseis encontrar en ellas sonidos que vuestros labios intenten repetir, frases cadenciosas que deleiten la imaginacion, armonías dulces que hieran ligeramente la fibra de vuestro sentimiento.

Si quiere por un momento indicar la dulzura, podrá arrancaros lágrimas de arrepentimiento ó de debilidad; si la sencillez, podrá todavía dejaros en la mente una ilusion, pero jamás podreis sorprender su pensamiento vago y fugitivo; jamás vuestra voz conseguirá recoger sus armonías, ni darlas la vida que concede su instrumentacion.

El pobre artista no habia gozado ni un solo instante de las pocas dulzuras que el hombre puede probar en la tierra!

Por eso nos ofrece su música el vacío desgarrador, sin esperanza y sin límites, pero grande como el Creador del mundo y del alma que nos anima.

Y aquellas pesadas brumas de su país natal que caen sobre su corazón lacerado como gotas de hiel, y aquellos cantos melancólicos, y aquel severo paisaje acabarían de identificar su espíritu con lo terrible y grande de la naturaleza, y con lo terrible y grande que encierra el pensamiento del hombre, cuando no hay otro pensamiento que responda al suyo!

Y el fatídico espíritu del destino que te persiguió durante toda la vida, ha logrado penetrar en tu sepulcro!

Mi querida España ignora casi por completo tu música encantadora: tu *Fidelio* es un nombre vano en la mitad de Europa, y los que le pronuncian con respeto, no buscan en cada nota un recuerdo para llorar por el autor.

Tampoco los que te aman profundamente en nuestras naciones meridionales, pueden consagrarte un recuerdo que recuerde tu música; solo la inmensidad de tus dolores podrá arrancarnos unas cuantas palabras de afliccion. Aquí el sol brilla sobre nuestras cabezas y da vida al corazón agostado por las penas mas amargas: aquí el aire em-



LOS HIJOS DE AKIL-AGHA.



AKIL-AGHA, jefe de las tribus árabes del Monte Thabor



UNA COMIDA ENTRE LOS ARABES DEL MONTE THABOR.

balsamado adormece nuestros sentidos y seca el llanto de nuestros ojos: aquí la desesperación mas horrible puede pedir su consuelo á un cielo estrellado y sereno, en que se percibe la imagen de Dios.

¿Quién pues podrá comprender y expresar los tormentos de tus brumas y de la melancolía que sin quererlo se respira en su suelo, en sus placeres y hasta en tu embriaguez?

Gigante de Bonn, yo saludo tu nombre: ¡que el débil recuerdo que en este instante te ofrezco, haga que tus pensamientos vuelvan á herir mis oídos!

¡Antes que desaparezca de mi mente tu magnífica figura; antes que olvidar para siempre tus divinas armonías, que el sueño horrible que me atormentó una noche, sea mi pesadilla durante tantos años como sufriste en el mundo!

## II.

El anciano rey de Prusia Federico II no podía ya regir, tan poderosamente como hasta entonces lo hiciera, el cetro de su joven nación.

Y el escándalo de su corte, la mas desmoralizada de todas las cortes, tuvo su principal asiento en el palacio real.

Federico habia sentado el principio y no podia impedir sus legítimas consecuencias.

Aquella turba de filósofos burlones y escépticos, que tanto tiempo habian sido sus amigos y maestros, rompieron todos los lazos, desataron todos los vínculos que podian sujetar al hombre, y no cubrieron sus crímenes con el manto de la hipocresía, porque habian desechado este vicio como el mayor de todos los vicios.

Un drama, insignificante á los ojos de aquellas cabezas pálidas y degradadas, pero espantoso para alguno de los personajes que en él figuraron, acababa de tener lugar en la corte prusiana.

Federico Guillermo, que Europa habia de conocer mas tarde como segundo rey de este nombre, acababa de abandonar á su última querida.

Su estragado y grosero sensualismo no aparecia ya satisfecho con aquellas conquistas fáciles preparadas por sus satélites, y que vaciaban frecuentemente las arcas de su tesoro.

Por esto, relegada la princesa su mujer á un pequeño pueblo, se dedicó á buscar por sí mismo nuevas mujeres que se rindiesen á sus caprichos, mientras aparecia públicamente que visitaba á la princesa de incógnito.

Una hermosa joven de las cercanías, seducida por su bello lenguaje y por sus lisonjeras promesas, y bastante inocente para no cerciorarse de la verdadera categoría del disfrazado príncipe, se entregó en sus brazos, que creia los de un tierno esposo.

Pero cuando el príncipe la hubo deshonrado; cuando su hermano quiso lanzarse sobre el seductor para vengar la ofensa recibida, el cínico príncipe no tuvo reparo alguno en presentarse á los dos jóvenes con toda la autoridad de su carácter.

Después mandó al joven á un regimiento de la frontera, y propuso sin sonrojarse á la hermana que fuese como dama favorita á ocupar una habitación que en palacio la destinaba.

Pero el hermano buscó una ocasión próxima para recibir la muerte sobre el campo de batalla; y la hermosa, después de arrojar á la frente del príncipe su maldición, esperó en aquella casa el fin de su deshonra, y el principio de sus grandes deberes como mujer.

¡Federico entre tanto llevaba públicamente á su cámara á la hija del músico Enke, que por tanto tiempo fué el escándalo de Berlín!

Y en la noche mas tempestuosa y triste del año de 1772, la deshonrada joven besó por primera vez á que podia darle el dulce nombre de madre, y pocos dias después espiraba cubierta de dolor al pensar en el fúnebre porvenir de aquel hijo de sus entrañas.

Tal fué el nacimiento de Beethoven.

Un corista perteneciente á la capilla del elector de Colonia, amigo fiel de la hermosa víctima del príncipe, recogió al huérfano, jurando antes no revelar jamás la horrible historia de su nacimiento.

Y aquel drama quedó sepultado en el olvido mas profundo, y Beethoven empezó su triste vida por saber que no tenia padres á quien poder llorar, ni á quien dirigir sus súplicas, y que solo debia reconocer por su progenitor al acaso, que parecia haberle hecho brotar vivo de la tierra.

## III.

El pobre corista adivinó al gran músico en las primeras palabras del balbuciente niño, ó mas bien, el mismo exceso de amor fué gran parte para que pensara en dedicarle al arte divino que cultivaba, logrando de este modo tenerle siempre cerca de sus consejos, de sus repetidas lecciones y de sus besos de padre, cuyo nombre le prodigaba el niño con dulzura.

Lejos de su compañía y en el bullicio de una gran corte, el desgraciado Luis hubiera sin duda brillado en las ciencias, dando á su apellido el lustre que el pobre músico deseaba; pero no iria su corazón cultivándose al paso de su inteligencia; no beberia en el puro manantial de la música los raudales de sentimiento que habian de llenar su vida, y no podria tampoco su padre adoptivo, débil para subir por sí mismo, alzar al tierno niño hasta el templo de la inmortalidad.

Beethoven por lo tanto empezó á cultivar los principios del arte que habia de ser el culto de su vida, ter-

minados sus cinco primeros años entre las dulzuras de su improvisada familia.

Pero desde que las primeras notas musicales hirieron su oído; desde que aquella naturaleza privilegiada comenzó á demostrar sus grandes inclinaciones al arte, el niño adquirió un carácter melancólico y dulce á la vez, que le retraía de todo el mundo, que le hacia pensar profundamente, y que inspiraba tristes recelos á sus mismos protectores.

El virtuoso corista sin embargo, enloquecido con los triunfos de su pequeño discípulo, habló de tal modo y apoyó su pretension con tales razones, que el elector de Colonia costeaba en 1792 el viaje de Luis á Viena para estudiar la retórica con Albrechtsberger.

Es decir, que habian transcurrido quince años desde que el pobre corista del elector habia empezado á ser maestro de su hijo adoptivo.

¡Quince años en los que únicamente pudo escuchar algunas alabanzas que le inclinaban á proseguir su destino!

Manheim y Spira le vieron sucesivamente improvisar sobre el piano algunas de aquellas célebres composiciones que hoy son la delicia de los pianistas.

En aquella misma Spira, y contando solo diez y ocho años, Beethoven, con la cabeza inclinada sobre el pecho, tembloroso y triste como si estuviese amenazado de una gran desgracia, tocó ante una escogida concurrencia una de sus primeras obras.

¡Qué modo tan sublime de interpretar aquellos pensamientos que solo él concebía!

¡Qué energía en las frases, qué rapidez en los allegros, qué dulzura en los andantes!

Apenas concluye sus inimitables armonías, una nube de enhorabuena cae sobre él.

— Bello, elegante, bien armonizado, digno de un maestro, dicen los jóvenes dilettanti.

— Siguiendo en ese camino, alcanzarás á Hendel y á Gluk, añaden los maestros de mas crédito.

— Cuando tengan mas energía tus cantos, serán inmejorables, murmuran los críticos.

Y unos y otros estrechan con fuerza su mano, y el público le colma de aplausos, y su fama empieza á difundirse por toda la ciudad.

Pero el joven músico, con la frente siempre ceñuda y triste, con los ojos fijos en tierra y con una palidez amarillenta en el rostro, apenas parece escuchar ni enorgullecerse de tantas felicitaciones.

Pero algunos segundos después un anciano respetable rompe por entre la turba que le rodea: separa violentamente á los que le estorban el paso; se acerca ligero como un niño á Beethoven, que le espera con una inmensa expresión de alegría y de felicidad, y sin decirle una palabra, abraza al inspirado genio con todas sus fuerzas, y deja caer en su seno las lágrimas que llevaban suspendidas sus ojos y que los del músico le devuelven con usura.

¡Era el pobre corista de Colonia que habia presenciado el primer triunfo de su hijo adoptivo!

¡Era el maestro que veía sobre un gran pedestal á su discípulo!

Después de aquella tierna escena que pareció volver la animación y el color á las mejillas de Beethoven, un joven de poca mas edad que la suya, elegantemente vestido, pero triste y melancólico como él, se acerca lentamente al artista, estrecha su mano con fuerza y le dice en voz muy baja:

— Tú tienes un gran corazón: ¡esa música solo se escribe con el alma!

Y Luis levantando rápidamente su cabeza y mirando á los ojos de su interlocutor, exclama con apasionado acento:

— Gracias, quien quiera que seas, porque vuestro elogio me indica que debo escribir: son las únicas palabras que se han grabado hoy en mi corazón.

Y volvió á estrechar su mano pidiéndole su nombre.

— Me llamo Humel, respondió el joven con orgullo.

— Entonces el pobre artista no puede aspirar á ser vuestro amigo; únicamente le será dado ser vuestro admirador.

— El gran músico que se revela en tí me honrará con su amistad.

Y desde aquel instante se formó entre Beethoven y Humel aquella amistad, extraña y célebre, que consoló por algunos momentos el martirio de nuestro héroe.

## IV.

El joven músico no conocía el vicio.

¿Cómo podia ser viciosa el alma que habia inspirado el Fidelio, síntesis de todas las amarguras que desde el primer instante rompieron fibra por fibra el corazón de su autor?

Cuando sus primeros triunfos ya estaban olvidados y era preciso renovarlos con grandes esfuerzos de genio, el pobre corista, su único protector desinteresado, cayó en el lecho gravemente enfermo.

Unas cuantas horas antes de morir, llama á Beethoven junto á su lecho, y con voz desfallecida le reitera lo que tantas veces le habia dicho: él no era su padre, ni podia comprar esta envidiable circunstancia con la sangre de sus venas: por ellas corria otra sangre mas ilustre, y otra sangre que era la predestinación de sus desgracias; pero el juramento prestado junto al ataúd de una madre, impide al hijo saber aquella terrible historia que tan solo sería para su corazón una nueva herida.

Beethoven mudo de dolor y besando las manos del

amoroso músico, no intenta descerrar aquel velo misterioso que le ocultaba su nacimiento.

Y desde entonces aquella sombría idea fué á unirse en el inmenso depósito de su pensamiento y de su corazón, con otros mil pensamientos lúgubres y otras mil dolorosas sensaciones.

Y desde entonces su carácter melancólico y dulce se hizo intratable para sus amigos: locuras momentáneas, caprichos inexplicables y una soledad perpétua eran los caracteres de su vida; y las palabras mas tiernas de Humel no consiguieron jamás sacarle de tal estado.

Hé aquí el triste efecto de sus inagotables penas, de su amor á la música, como imagen del alma, de sus dudas sobre la gloria, y de su aislamiento en el mundo.

El elector, su último apoyo, murió también poco después.

Y el inspirado artista, solo, sin recursos de ninguna clase, sin mas compañero que su música, ni mas juez que su oído, emprende á pié el camino de Viena, cantando á las aves de los campos y á los rios sus tristes pensamientos, que nadie aparentaba comprender.

Después de tan desconsolador viaje, Beethoven entra en la capital de Austria, desconocido y pobre, sin aliento para pedir, ni imaginación para adular.

Una casa aislada, antigua y mohosa, arrinconada en un estrecho callejón y desde la que solo se oían los tristes sonidos de una campana colocada sobre un próximo convento, fué su retiro durante tres años.

Ni una sola palabra salía de sus labios durante dias enteros: una vieja taciturna que acababa de perder sus tres hijos, le servía los pocos manjares que le alimentaban, y el sueño solo conseguía adormecer aquel pensamiento exaltado, durante dos ó tres horas cada noche.

Cuando terminaba el crepúsculo de la tarde, y la pluma caía de sus manos y estas no tenían la fuerza suficiente para herir las teclas de su clavicordio, Beethoven salía de la casa llevando estrechado junto al corazón el rollo de papeles que era su único capital.

Y andando trabajosamente, y riendo de una manera horrible de cuanto le rodeaba, podia llegar no sin trabajo á la casa de un almacenista de música.

Sin dirigirle una palabra, ponía en sus manos los papeles con una emoción mal disimulada: el almacenista los encerraba sin leerlos en un cajón de su mostrador, y sacando unos cuantos florines los ponía en las manos del genio con la compasión y la lástima que inspira la limosna que concedemos á un pordiosero.

Y el pobre músico que habia perdido diez años de su vida al grabar aquellas notas en el papel, cogía religiosamente el dinero, que servía para su subsistencia durante una semana, y volvía á encerrarse en su solitaria mansión, y á tomar otra vez la pluma, y á derramar de nuevo su indefinida agonía sobre el papel.

Esta fué durante tan largo período la vida del genio, solitario y sublime; estos sus tres años mas desesperados, á los que adoraba sin embargo con un frenesí sobrenatural.

Para él eran imposibles en el mundo los rasgos mas sublimes de la amistad: no comprendía el dulce amor de la familia, que no habia sabido buscar en la tierra: no queria aceptar servicios de nadie, para que no le exigiesen al dia siguiente su pago: no adulaba al poder, creyéndose siempre humillado, y lleno de estas tristes ideas, no habia pretendido jamás encontrar ningun bálsamo para sus dolores y su desesperación.

Humel fué á verle dos ó tres veces en su solitario retiro: Beethoven estrechaba por un momento su cariñosa mano; pero rechazándole después, le indicaba claramente su firme propósito de no dar culto á aquella necesidad de su corazón.

De este modo concluía su magnífico Fidelio, y de este modo llegó á reunirse esa perfectísima biografía musical, que está detalladamente dibujada en sus cuartetos, sextetos, sonatas y simfonías.

Varias veces, ¡y muy pocas en verdad! la mano del poder intentó sacarle de su abyección y su miseria; pero las irritantes condiciones que exigía, no podian ser aceptadas por el gran genio.

No admitía mas consuelo que el del sol, compañero incansable de todos los hombres, que en los fríos dias del mas crudo invierno, venía á caer sobre su papel y sobre su frente, para calentar sus manos ya heladas, y animar su pensamiento ya muerto.

El rey de Prusia, el licencioso Federico Guillermo, le invitó á entrar en su corte: pero Beethoven, prevenido instintivamente contra el autor de sus desgracias, no quiso jamás admitir sus ofertas.

Dícese que un dia, el soberano de Prusia, supo quien era el genio misterioso y excéntrico que llenaba de admiración en Viena, y dícese que el príncipe, respondiendo con una estúpida carcajada á la noticia, volvió la espalda para no acordarse mas de aquel recuerdo de su infancia.

Por fin en 1809, y á los treinta y siete años de su edad, Beethoven, cansado ya del mundo, impotente para luchar mas, y sin el pequeño apoyo de un lejano pariente que le socorría, admitió la pensión de 4,000 florines que los príncipes Lobkowitz y Kinsky le asignaron, con la condición de que permaneciese en Viena y sus cercanías.

## V.

Algunos de mis lectores habrán sin duda hojeado la magnífica novela de Alfonso Karr, *Bajo los tilos*, y se habrán detenido sin duda mas de una vez, á leer el magnífico capítulo en que el gran novelista moderno descubre la muerte del gran músico alemán.

Si estuviese seguro de que todos conociais ese magnífico episodio, me limitaría á encargaros su inmediata lectura y pondría aquí fin á la biografía de Beethoven.

Pero por si alguno lo ignora, me atrevo á anticiparle un pálido bosquejo de aquellas situaciones, para que si quiera empiece á sentir las bajo la tosquedad de mi lenguaje.

Faltaba en el martirio de Beethoven el último puñal. El músico que tenía por único juez de su pensamiento, por único amigo de su corazón, y por único consuelo de la vida, su sensible oído, quedó completamente sordo pocos años antes de su muerte.

Cuando su mano corría velozmente sobre el papel para grabar sus sentimientos mas horribles, nada faltaba en el genio: sus ojos se inyectaban de sangre, su frente resplandecía, su mirada era majestuosa y divina.

Pero aquellos cantos morían sobre su clavicordio, y el desgraciado expiador de un antiguo crimen no podía oír aquel pensamiento que hacia asomar lágrimas á otros ojos, que entusiasmaba á otros seres, que hacia felices á muchos, y que sin embargo era la desesperación de su autor.

Y entonces Beethoven, que siente cercana su muerte, regresa á Viena, despues de una corta excursion.

Y viaja sobre la nieve, que no hiela su pensamiento, y pide hospitalidad en una pobre cabaña.

Allí se toca una de sus mas grandes sinfonías: allí se interpreta una de sus mas sublimes inspiraciones, y el pobre genio ve cómo llora el anciano jefe de aquella familia: ve como sus hijos pálidos de emoción, tocan con entusiasmo aquellas notas llenas de desesperación y amor: ve cómo las mujeres suspenden su trabajo para escuchar las fantásticas armonías, que hacen olvidar á la familia sus propios dolores para llorar los ajenos, y Beethoven, huésped importuno en aquella escena, no puede adivinar quien es su creador.

Pero se aproxima, lee su nombre, piensa en su gloria futura, vislumbra un momento la felicidad que puede hallarse en la tierra, y sin fuerzas para contenerse, exclama con ardor:

— Yo soy Beethoven, amigos míos: yo soy el que ha compuesto esa música que os entusiasma.

Y todos se arrodillan á los pies del genio, y el pobre mártir que no puede sufrir tantas emociones, se levanta del lecho para volver á respirar el aire libre.

Y entra en Viena, pálido y sin fuerzas, para morir pocas horas despues.

Humel se acerca á su almohada: es ucha su respiración estertorosa, y precipitándose sobre él y cogiéndole una de sus manos, le prodiga las palabras que su amistad contuvo por tanto tiempo en el fondo de su corazón.

Pero Beethoven, que no tiene fuerza para responderle mas que en sus ojos, le llama á su lado un momento, y con voz tan baja, que apenas llega á los oídos de su amigo, le dice:

— ¿No es verdad, Humel, que yo tenía talento?

Y espira.

¿Qué podremos añadir á tan sublime cuadro?

Una sola palabra.

¿Esperanza!

Un solo recuerdo.

¡El llanto de nuestros ojos!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

## Maraton.

(Conclusion. — Véase el núm. 444.)

### II.

#### MARATON.

El demarco (alcalde) estaba ausente cuando yo llegué á su casa, y su mujer se hallaba en un vasto aposento adonde se llegaba por una escalera de madera. El estrecho sofá guarnecido de una tela amarilla de algodón, donde me hizo sentar, daba vuelta á una parte de la habitación. Los niños sentados en el suelo me miraban con la curiosidad propia del carácter nacional. Llevaban brazaletes de Jerusalén, que son de una pasta vidriosa negra, azul y verde. También se hacen sortijas de esta pasta. A mi lado había un estante de libros con vidrieras. Las obras que yo distinguí eran todas relativas á la antigua Grecia, lo que prueba la importancia que tienen para los helenos los grandes recuerdos de su pasada historia.

La dueña de la casa y su hermana estaban sentadas en dos banquillos á los lados de una puerta vidriera que conducía á un balcón donde había una morera enorme cargada de fruta. Un espejo nada limpio, un retrato de Estela y unos huevos de Pascua sobre los cuales se inscribían versos antiguamente, uso casi olvidado en el día, tal era el principal adorno de las paredes. No esperaba yo hallar una heroína de Florian en Maraton. Por lo demás, la extraña popularidad del enfático autor de *Numa Pompilio* ha sido tan grande, que no es extraordinario penetrara en la Europa oriental. Los muebles del aposento donde brillaba la imagen de Estela eran, el susodicho sofá, unos cofres que servían de bancos y una antigua mesa veneciana. En algunas de las Ciclades como Tinos, Naxos y Miconos sorprende hallar muebles como mesas, sillas, espejos y cuadros que manifiestan las relaciones comerciales existentes en otro tiempo entre Venecia y varios puntos del mar Egeo. Estos mue-

bles atestiguan además la solidez y la riqueza del amueblado veneciano.

Despues de esta ojeada dirigida á la casa, me ocupé en examinar á los habitantes. La mujer del demarco que era de Salona, cerca del Parnaso, tenía la cabeza cubierta con un fess rodeado de barés, en el que se enroscaba una gruesa trenza de cabello negro. Un pañuelo de algodón ocultaba su seno. El vestido y el delantal eran de la misma tela. No llevaba medias y sus pies arrastraban con mucho ruido unas babuchas. Su hermana que mecía á un niño en un tronco de árbol, llevaba un traje igual. A pesar del calor, las mujeres de la aldea se agitaban por todas partes, en tanto que los chicos daban vueltas por el suelo jugando ó llorando.

De la sala, donde se hallaba la familia del demarco, se pasaba á una pieza estrecha con una antesala, la cual daba á un terrado cubierto de verde sombra, donde comimos. Este pequeño aposento estaba adornado con un armario incrustado en la pared, que sostenía dos imágenes, la una de san Constantino y santa Elena con la Virgen encima, y la otra de san Demetrio y san Jorge. Estos cuatro santos son populares en Grecia. A su lado había una lámpara.

En un dormitorio las armas se mezclaban con las cosas sagradas. Aunque el demarco era de la isla de Keos, se creía en Rumelia (1) y por lo tanto obligado á seguir las costumbres de los rumelios. Por eso el aposento era un arsenal: dos fusiles de Palfikar, una carabina, una escopeta, un yatagan y dos pares de pistolas constituían su principal ornato. Encima de un vasto lecho de hierro colgaba una pistola, bajo la estampa de un convento donde ya no hay frailes, el famoso monasterio de la Virgen Milagrosa de Tinos. La Panaghia en los aires tiene en sus brazos á Jesus y echa una mirada á la ciudad que protege. En su calidad de isleño el demarco había ido muchas veces en romería á Tinos, y la imagen estaba rodeada de hojas de laurel y de ramilletes de flores, recuerdos de la semana santa. Todo ello estaba coronado con dos guirnaldas de oropeles, las cuales se colocan sobre el lecho nupcial despues de la ceremonia del casamiento, sin que se descuelguen mas que para adornar el cadáver de cada uno de sus esposos. Dos cofres y una mesa completaban el amueblado de este cuarto.

Mi ventana daba á unos huertos rodeados de colinas. Para examinar la aldea salí al balcón donde me había recibido la mujer del demarco. Debajo de este balcón corría un arroyuelo sobre un fondo de mármol pentélico. Unas muchachas protegidas por la vasta morera que daba sombra al balcón, se refrescaban los pies en el agua mientras escuchaban la conversacion de unos aldeanos que fumaban delante de la taberna, situada en el piso bajo. Mas allá del arroyo estaba la era de piedra donde se trilla y se limpia el grano. Mas lejos en unos cercados donde se destacaban algunos árboles, veía unos borricos, animal muy comun en Oriente, y cuyos relinchos resuenan todas las noches por las calles de Atenas. Las cabañas largas, con su ventanilla y su puerta muy estrechas, estaban blanqueadas con cal. Delante de una de esas pobres chozas varias mujeres hablaban y mecían con el pié á un niño tendido en el hueco del tronco de un árbol. Algunos chiquillos y no pocas gallinas cacareando rodeaban á aquellas mujeres, que cantaban con una voz melancólica y monótona.

Comimos en el terrado segun he dicho antes. Debajo unos cipreses elevaban sus cabezas piramidales; granados floridos y enormes rosales cargados de rosas, se mezclaban con los olivos y los albaricqueros. Altas yerbas que crecían en medio de aquellos árboles servían de alfombra á corros de muchachos. Fuera del jardín se veían caminar filas de borricos por un sendero pedregoso al que daban sombra higueras y lentiscos. En algunos de estos animales iban aldeanas y otros estaban cargados de gavillas de trigo. Mas lejos, en el centro de un grupo de cabañas, aparecía la blanca iglesia del lugar. En la direccion de la playa se veía el *tumulus* del campo de batalla. Por una abertura se distinguía el mar azulado y sereno. A la derecha la isla de Elena parecía una cinta verde rodeada de azul. A la izquierda la Eubea con sus formas redondas se teñía de matices rosados.

Al caer la tarde comenzaron á tomar el sendero muchas mujeres que iban á la fuente á buscar agua, llevando sobre el hombro izquierdo una cantarilla de forma antigua. Su cabeza estaba cubierta con un pañuelo; un corpiño de lienzo estrechaba su camisa y llevaban un delantal tambien de lienzo. Nada mas pintoresco que aquel cuadro.

### III.

#### EL CAMPO DE BATALLA.

Al otro día á las tres de la mañana subí en carruaje para visitar el glorioso teatro de la victoria de los helenos sobre la barbarie asiática. Dejé detrás de mí un sombrío anfiteatro trazado por las últimas cuevas del Pentélico y del Parnes que se adelanta hasta el mar formando el cabo Maraton. Mas allá de este cabo se alzaban á la izquierda los montes de Eubea, de un color blanquecino. La isla de Keos quedaba á la derecha no lejos del cabo Sunion.

Entonces á la claridad del sol saliente me fué dado examinar el campo de batalla que solo tiene diez y nueve kilómetros de largo sobre tres de ancho, espacio limitado por pantanos, la mar y las colinas. Desde el gran *tumulus* que está en medio de él se distingue en su

mayor parte. Presenta cuatro salidas: una al Norte donde estaba el deme tricyrtos; otra al Sur donde estaba el deme Probalinthos; otra al Oeste donde estaba el deme de Enoe, y otra donde se hallaba el deme Maraton, segun una opinion probable, pero no incontestable, que es el mismo sitio que hoy llaman Vranas.

La expedicion dirigida por Datis y por Artafernes, sobrino del rey, no se parecia á la que mandó Jerjes diez años despues. Las tropas enviadas por Dario no eran multitud de nómadas que marchaban confusamente en pos del rey de los reyes. Los herederos de Ciro tenían la costumbre de llevar en sus expediciones persas, medos é hircanios, con vestiduras de variados colores, que se abrigaban con escudos de mimbre, y que usaban picas cortas y corazas con escamas de cuero parecidas á las de los normandos de Guillermo el Conquistador. Los asirios combatían con mazas de hierro, y los sagarcianos con el puñal. Los habitantes de la India lejana vestidos de algodón, se rozaban con el etiope que cubría su cuerpo pintado con el despojo de los leones ó de la piel de las panteras. Pero si Dario no quiso precipitar al Asia y al Africa sobre la Grecia, los soldados de Datis y de Artafernes eran el ejército escogido de una nacion que no carecía de energía ni de táctica. Descendientes como los helenos de la noble raza argina, discípulos de una religión tan purificada que los llamaron « puritanos del paganismo, » los persas debían su alta posición en Asia á su bizarría y á su perseverancia. La concentración de todas sus fuerzas civiles y militares en manos de un soberano representante de Ormuzd les había dado en la guerra una fuerza hasta entonces irresistible. Con Ciro conquistaron el Asia: con Cambises subyugaron el Africa. Dario que había atravesado el Ister (Danubio) con 800,000 hombres para atacar á la Escithia (Rusia), soñaba la conquista de la Europa. Sin embargo, el despotismo de los sucesores de Ciro había debilitado poco á poco el valor de los hijos del Iran; en sus expediciones cada día mas lejanas no se hallaban sostenidos por aquel patriotismo ardiente que animaba á los helenos que combatían por Estados tan diminutos, que casi se confundían con el hogar doméstico. Además, en tanto que la Persia se inclinaba ya hácia su decadencia, la Grecia se hallaba en su apogeo. Sus instituciones eran todo lo mas libres que podían ser en el mundo antiguo, sin tender aun á la anarquía. La religión menos filosófica que el dualismo de los discípulos de Zoroastro era mas propia para excitar el arrojo individual, gracias al culto de los héroes. A pesar de la enorme desproporción de los combatientes (1), la Grecia, es decir, la Europa, tenía por sí esas fuerzas morales que valen mas que los batallones, como se ha visto hace poco en Pekin. De otro modo el Asia que tantas veces ha sido funesta á la civilización europea, habría podido sofocar en su germen una sociedad cuyo porvenir estaba enlazado el género humano.

Los generales de Atenas aumentaron con su abnegación y sus acertadas disposiciones, las ventajas que debían á su valor personal. Aristides y sus compañeros cedieron el primer puesto á Milciades, hijo de Cimón, el único quizá que era capaz de dirigir las operaciones del ejército helénico. Milciades ocupó las cuevas de la montaña. Los persas, que tenían su campo en Tricyrtos, extendieron su línea de batalla paralela á la de los helenos. Cogidos entre el gran pantano al nordeste, el mar al Este y el enemigo al Oeste, no podían emplear bien á su excelente caballería. « La batalla duró largo tiempo, dice Herodoto, que nació en medio de las guerras; los bárbaros vencieron en el centro; pero los atenienses que habían triunfado en las alas se replegaron por ambas partes sobre los que habían forzado el centro y los pusieron en completa derrota. Siete navíos se tomaron y los demás huyeron á fuerza de remo. »

Es probable que los numerosos soldados dejados por los generales de Dario en el campo de batalla (6,400), fueron enterrados en el *tumulus* donde se han encontrado puntas de flechas de cobre y de piedra de las que usaban los etioopes. En efecto, los antiguos afirman que erigieron á cada uno de los 192 atenienses muertos en Maraton una sepultura separada que llevaba su nombre. Es verosímil que las ruinas esparcidas entre el *tumulus* y el mar pertenecen á esos monumentos fúnebres. Los esclavos que á causa de tan grave peligro, obtuvieron licencia para combatir con los hombres libres, fueron sepultados en sitios que no sería posible precisar en el día.

Al Norte de Maraton, á la izquierda de la aldea llamada Souli, en la llanura de Rhamnonte, levantaron templos despues de la batalla, en honor de Themis y de Nemesis que personificaban la justicia y la venganza. Desgraciadamente no quedan de ellos mas que las ruinas de una magnífica sepultura, por las cuales se puede juzgar que los monumentos en cuestion eran tan sólidos como graciosos. La estatua de Nemesis, la diosa de las justas venganzas, había sido hecha por Fidias, que la trabajó en un pedazo de mármol traído por los persas. Estos se creían tan seguros de la victoria, que pensaban ya en erigir un trofeo. Confieso que me agrada la idea que indujo á los helenos á colocar el templo de Nemesis al lado del santuario consagrado á la justicia. La justicia desarmada no sería mas que un vano fantasma que despreciarían lo mismo los pueblos que los príncipes. La convicción de que el tiempo prepara un castigo á la violencia y á la iniquidad, ayuda á los hombres á soportar los males de toda especie que los aquejan. La Persia despues de haber hollado á sus pies al Asia occidental, es vencida en Maraton, en Salamina y en Platea;

(1) En el reino de Grecia llaman así á la Grecia continental.

(1) Los helenos eran 11,000, y se cree que los persas eran mas de 100,000. Sin embargo, Herodoto no da ninguna cifra.

mas tarde la misma Grecia expia bajo el yugo de Roma sus sangrientas divisiones y sus luchas fratricidas; y Roma á la vez tiene que dar cuenta á los bárbaros de los crímenes de su decadencia y de los torrentes de sangre que ha hecho derramar.

El santo imperio fundado por los germanos, que sucede á la dominacion romana, despues de haberse aniquilado desde el concilio de Constanza, en luchas tan injustas como encarnizadas contra las ideas nuevas, sucumbe á los golpes de Napoleon.

El Austria que en nuestros dias ha tratado de renovar las funestas tradiciones, encuentra en Magenta y Solferino los castigos impuestos en Maraton y en Platea á los déspotas asiáticos. ¿Vendrá por fin el dia en que se escuchen las severas lecciones que resultan de estas grandes catástrofes?

El templo de Nemesis se parecia al Theseion de Atenas, aunque era mas pequeño. El célebre santuario consagrado á Teseo, santuario que constituye todavía uno de los adornos de la capital del reino helénico, debe tambien su origen, segun Plutarco, á la batalla de Maraton.

En tanto que los atenienses y los plateos luchaban con los bárbaros, vieron la sombra armada del hijo de Egeo que se precipitaba á su cabeza contra el ejército de los persas. La Pitia que fué consultada despues de las guerras medias sobre el sentido de esta aparicion, declaró que la república debia llevar á Atenas los restos de Teseo y conservarlos preciosamente. Cimón, hijo de Milciades, los descubrió en Esciros y los llevó con toda solemnidad á la ciudad de Minerva, creyéndose que fué en la 77ª olimpiada cuando el gran arquitecto Micon principiò á edificar el templo de Teseo, magnífico edificio de orden dórico, el mejor conservado de los monumentos de la antigua Atenas. Trasformado en iglesia consagrada á san Jorge, se ha librado mejor que otros admirables edificios del vandalismo de los turcos y de los destrozos del tiempo. En el dia el Theseion sirve de museo.

La llanura de Maraton, menos dichosa, habia visto desaparecer toda señal de civilizacion.

En efecto, la aldea de Maraton es muy reciente. Unicamente esos pastores, cuyo tipo saben reproducir con tanta verdad dos escultores de talento, los señores Phytalis, se mostraban en la desolada llanura donde ningun monumento, lo digo con pesar, recuerda uno de los sucesos mas memorables de la historia. Cuando secaron los terrenos y establecieron algunos cultivos, los campesinos acudieron á establecer su residencia. En el dia Maraton, que contiene cincuenta y dos casas, es centro de un distrito que cuenta cuatro mil habitantes repartidos entre once aldeas.

CONDESA DORA DE ISTRIA.

### La fiesta de San Isidro en Madrid.

En nuestro número 439 hemos publicado un artículo histórico y descriptivo sobre el santo patron de Madrid y su fiesta tradicional del 15 de mayo, que nos dispensa de acompañar con largas explicaciones el dibujo copiado del natural que damos hoy, y que representa el aspecto general de la romería cerca de la ermita de San Isidro. Esa masa confusa de gente que se pasea riendo y cantando, ó se sienta á merendar con buen apetito, se divierte en ese tumulto sin ninguna especie de restriccion y con un abandono que regocija el alma. De ese caos de voces humanas se desprende como un zumbido de guitarras, el ruido de las castañuelas y el sonido argentino de las campanas de san Isidro, mezclándose con el grito agudo de los vendedores que ofrecen á la gente sus mercancías.

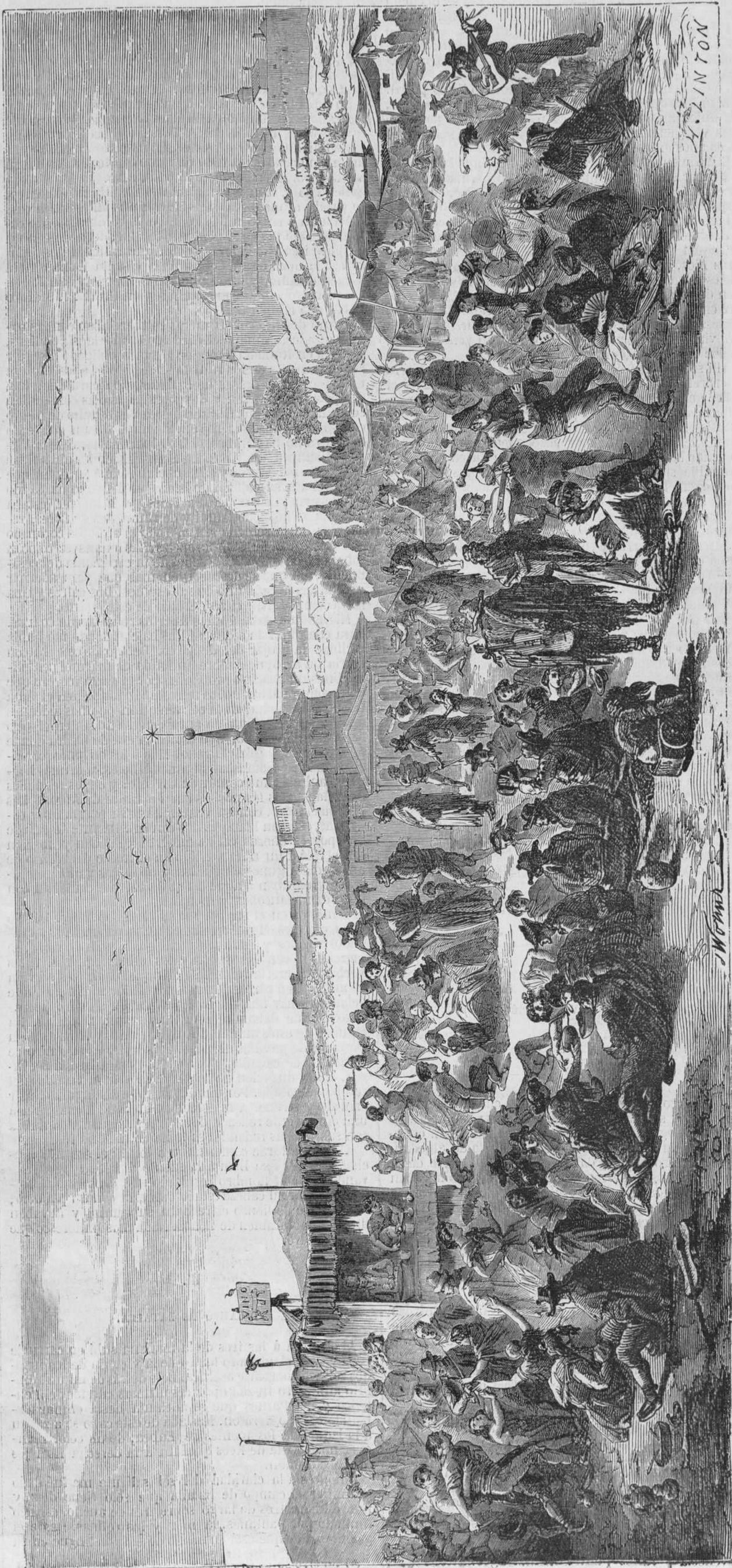
Nuestro dibujo, hecho por un artista francés, M. Prevost, es de una exactitud notable. M. Prevost ha estudiado concienzudamente nuestro pais, y la riqueza de sus dibujos, el carácter de sus personajes y el colorido local que respeta hasta en sus mas ínfimos pormenores, atestiguan su admirable talento tan justamente apreciado en España.

L. E.

### Fusil de vapor americano.

Este fusil de vapor, exactamente representado en nuestro dibujo, ha sido inventado por un ingeniero americano llamado Dickinson. El aparato ha sido construido á costa de M. Winkam, rico comerciante de Baltimore, conocido en Europa por las contratas que hizo con el czar para venderle armas y buques durante la guerra de Crimea.

Las numerosas experiencias que se han hecho con este fusil de vapor y las pruebas que ha exigido la construccion de las diferentes piezas que le componen, han absorbido sumas fabulosas capaces de desanimar á un capitalista menos opulento que M. Winkam. Pero éstos sacrificios habrán dado un gran resultado si, como asegura el inventor, el fusil de vapor funciona actualmente con toda la regulari-



LA FIESTA DE SAN ISIDRO EN MADRID EL 15 DE MAYO DE 1861.



VISTA DE RICHEMOND (Virginia).

dad de un arma de fuego y produce él solo el efecto de muchas baterías. Figúrenos la enorme boca del fusil, que asemeja la máquina á una cabeza de cocodrilo, vomitando proyectiles de toda naturaleza y rociando todos los objetos del contorno con una lluvia de hierro y de plomo, y tendremos una idea de lo que puede ser este tremendo aparato de guerra!

V. DE F.

**La venganza de una iroquesa.**

(Conclusion.)

— Nada, dijo ella haciendo un esfuerzo, me parecía



FUSIL DE VAPOR AMERICANO, INVENTADO POR M. DICKINSON.

haber visto moverse las ramas del matorral.

Al articular Malvina estas palabras con voz trémula, indicaba á su amante un espeso matorral de madreleja que habia crecido debajo del balcon.

— ¡Medrosa! dijo el jóven con acento risueño, es la brisa de la noche cuyas alas acarician las flores de esa espesura.

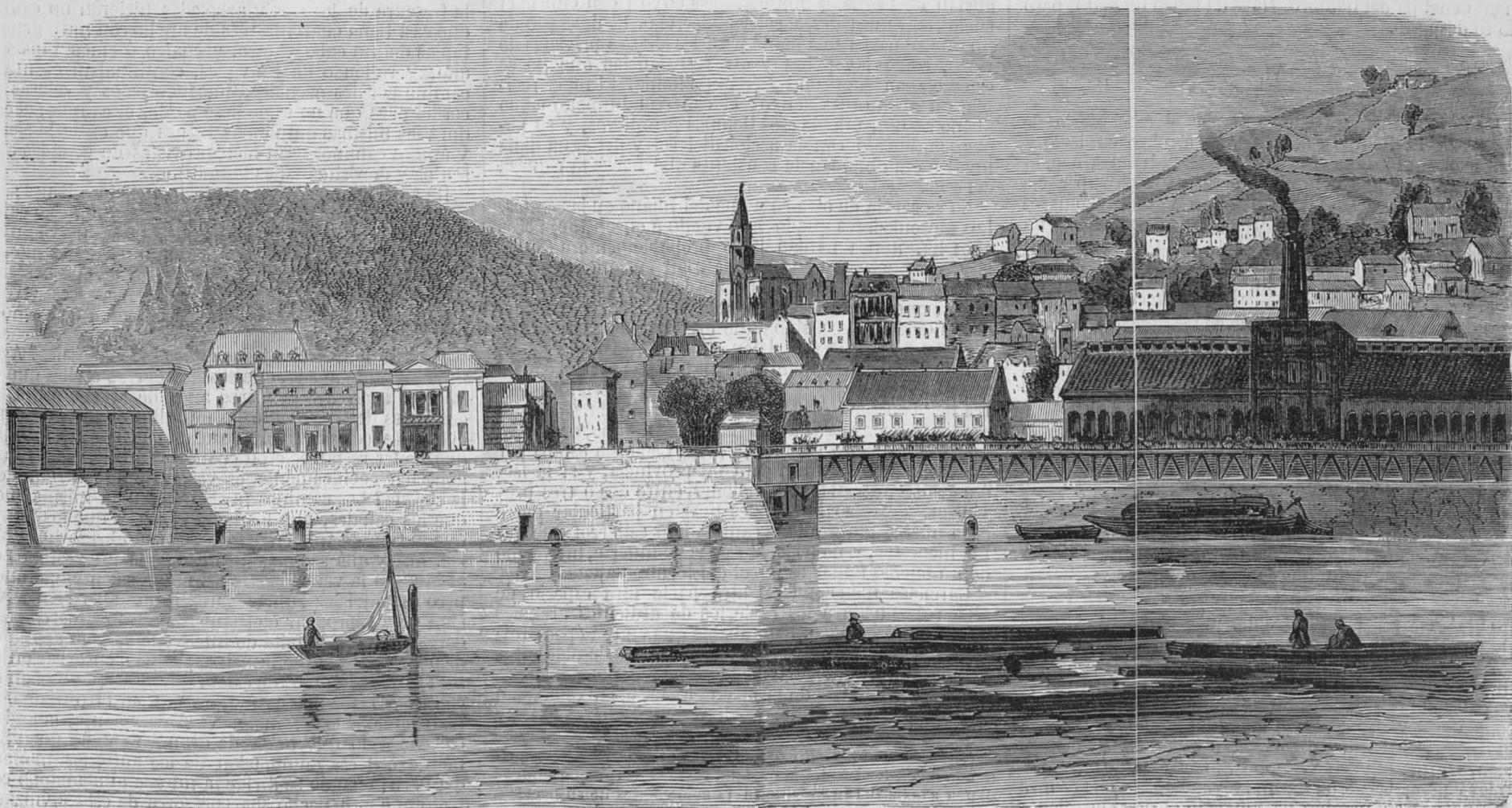
— ¿Lo creéis así?

— Voy á bajar para venceros de ello.

— ¡Oh! no: ¡quedaos, Arturo, quedaos! no vayais allí y volvamos al salon.

— ¿Pero qué habeis visto? preguntó Lery algo alarmado.

— Nada, á la verdad. Como decís, soy una medrosa; pero no permanezcamos mas



VISTA DE HARPER'S-FERRY (Virginia).

ozán... (1)

aquí: la frialdad de la noche principia á molestarte.

Y volvieron al baile hablándose en voz baja.

En el mismo instante partió un grito sofocado á la guna distancia del balcon; pero fuese que los dos jóvenes estuvieran demasiado conmovidos para ocuparse del mundo exterior, ello fué que no lo oyeron.

## V.

Habia sonado la hora del misterio, la media noche. En una pequeña alcoba, virginalmente colgada de raso blanco y embellecida con esas encantadoras monadas de que las mujeres gustan rodearse, volvemos á encontrar á Malvina.

La joven estaba arrodillada en su reclinador, vueltos sus ojos hácia una imagen de la Virgen, y sus labios, intérpretes de un corazón puro y virtuoso, murmuraban una oración á la Santa Madre de nuestro Salvador.

Huérfana, oraba por sus padres, muertos hacia ya algunos años, é interesada en favor de los que amaba en el mundo, invocando sobre ellos la clemencia celestial.

Terminada la oración, se acostó Malvina, y no tardó el sueño en cerrar sus párpados. Una lamparilla reflejaba en el aposento resplandores dulces y dorados, y todo parecía reposar en la calma de los sueños agradables.

Sin embargo, esa calma era solo aparente, porque pasiones, y pasiones terribles, velaban ocultas en el cuarto de la pobre Malvina. Apenas una respiración normal y cadenciosa anunció que estaba durmiendo, cuando de debajo de la cama salió, deslizándose ligeramente como la víbora, un cuerpo delgado y flexible, que se levantó de un solo brinco y sin ruido así que llegó al centro de la habitación.

Era una india, una iroquesa: era Oroboa, la Flecha Veloz. Era la misma Flecha Veloz; pero ¡qué cambiada estaba! Un fuego sombrío destellaba en sus pupilas; los pómulos de sus mejillas estaban cubiertos de manchas verdosas, y en sus vestidos reinaba un desorden inconcebible.

La Flecha Veloz se adelantó de puntillas hácia el lecho.

La encantadora cabeza de Malvina, medio perdida en una nube de encajes, rivalizaba en seducciones con la Dormida de Leonardo. Imposible habría sido imaginar una expresión más radiante. El brazo de la joven, viva guirnalda de alabastro, rodeaba su cabeza, y una sonrisa de felicidad dejaba ver sus dientes, cuya blancura habría envidiado el marfil.

Oroboa sonreía también, fijando sus ojos en la virgen dormida; pero su risa era sardónica y daba espanto.

— La hija pálida es muy bella, mas bella que la hija de la Serpiente Gris, murmuró; pero la hija pálida no se casará con el joven jefe á quien ama la Flecha Veloz.

En aquel instante Malvina pronunció un nombre é hizo un movimiento.

Las narices de la india se hincharon de rabia. Esta había oído distintamente el nombre de Arturo.

— ¡Oroboa va á vengarse! murmuró con expresión diabólica.

Y sacando de su túnica una larga espina puntiaguda, se inclinó sobre la cama de la joven, y le picó ligeramente encima del hombro. Malvina lanzó un grito, pero no se despertó.

## VI.

Un día vagábamos tristemente por el cementerio de Montreal. El tiempo estaba frío y el cielo cubierto y sombrío. Mil ideas se cruzaban en nuestra imaginación á la vista de aquel campo de muertos cuya superficie marchita lleva el sello de la desolación donde sepulcros derruidos, informes, levantan sus lúgubres brazos en medio de las altas yerbas y de los espinos. Nos preguntábamos porqué en una ciudad tan piadosa como la nuestra no se reunían los ciudadanos para formar un asilo más digno á las cenizas de sus padres, y echábamos en cara á los vivos el olvido de los muertos, cuando de repente se fijó nuestra vista en una piedra cubierta de musgo medio oculta bajo un montón de ramaje. ¿Qué súbita atracción nos arrastró hácia aquel recuerdo de otra edad para buscar en él el epitafio?

No hubiéramos podido leerle; pero después de separar los convólulos, conseguimos descifrar la inscripción siguiente:

Malvina C...

Rosa, ha vivido lo que viven las rosas,

El espacio de una mañana.

1802.

¡Diré que sentí humedecidos mis párpados con una lágrima al leer aquel sencillo epitafio, misterio grabado sobre otro misterio, recuerdo sin memoria, título de un libro, cuyas líneas están borradas?

Y por la noche, en una reunión, hablé de un paseo al cementerio y del sepulcro que tanto me había hecho meditar. Había allí un anciano á quien conocéis muy bien, porque muchas veces ha amenizado vuestras veladas con el recuerdo de una leyenda olvidada, y más de una vez su nombre ha señalado el descubrimiento de un hecho histórico sepultado en el polvo de los manuscritos.

— Venid á mi casa, me dijo, y os referiré un episodio desgarrador.

Al día siguiente me contaba lo que he procurado describir á mi vez. Luego, así que llegó donde he interrumpido mi narración, añadió:

— Malvina C. murió seis días después de aquella escena. Los médicos afirmaron que la habían inoculado el sarampion.

— ¿Pues cómo?

— ¿No recordais la picadura que le había hecho Oroboa?

— Pero...

— Los médicos estaban iniciados en los secretos de la inoculación de ese terrible azote, y muchas veces se sirvieron de ellos para destruir tribus enteras de sus enemigos.

— ¿Y qué fue de la Flecha Veloz?

— Preguntad qué es de ellos á la ola que corre ó al viento que pasa.

## BOLIVIA

## COLONIZACION Y AGRICULTURA

POR LEON FAVRE GLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Continuacion.)

Sin conocer en su arquitectura primitiva el arte de construir puentes, mas que el de sus puentes de mimbres suspendidos sobre los rios, ignoraban los indios el modo de salvar las innumerables quebradas abiertas por las aguas superiores. También, cuando su volumen era amenazador para la solidez del canal, no tenían otro medio que subir á las cabeceras y desviarle sobre otras, derramándolas con esfuerzos extraordinarios.

La distribución del elemento fructificador era un modelo de equidad y de buena administración. Todos los terrenos de maíz, todas las praderas donde se apacentaban los innumerables rebaños que el inca distribuía á nombre del sol á todos sus súbditos sin excepción, eran regados unos después de otros, sin ninguna preferencia en esta repartición. Cada campo debía recibir la cantidad de agua necesaria, y la recibía en efecto según su proximidad al canal, sin que el cacique, el inca, ni el terreno del sol pudiesen pretender un privilegio de turno, ni una cantidad mayor. Pero por otra parte, si la mano del monarca se mostraba paternalmente liberal, esta misma cualidad le imponía una justa severidad. La ley, es decir, el inca, proporcionaba el terreno, la semilla y el agua á todo indio súbdito suyo, reputado su hijo; pero no era permitido al indio dejar el suelo erial y descuidar la irrigación. Su labranza era la condición de su propiedad vitalicia, y las penas corporales castigaban la indolencia ó la mala voluntad. Había impedidos y no podía haber pobres, porque la pereza era fuertemente castigada; no había mas que trabajadores.

Hemos dicho que el maíz era el único cereal conocido de los habitantes del Perú. Esta fuente principal de la alimentación pública era también el objeto de cuidados muy particulares. Por el maíz (1) se cortaba en terraplenes las tierras rociables, y sobre todo por él se abrían esos canales innumerables cuyo riego cubría el suelo. — Nunca descansaba el terreno. El descanso de un año se usaba solamente para las labores privadas de riego, como las papas y otras sustancias que no se estercolaban sino con estiércol de llama. El maíz recibía un abono mas activo: el estiércol humano como abono se usaba desde esos tiempos primitivos, y su poder combinado con la acción del sol y del agua daba lugar á esa abundancia constante que hacia la riqueza del país.

No se servía de otra cosa que del huano en las costas. Los especuladores que lo han vuelto á encontrar, pocos años há, nunca habían leído probablemente á Garcilaso, porque hé aquí lo que habrían encontrado: «En la costa del mar, desde mas abajo de Arequipa hasta Tarapacá que son mas de doscientas leguas de costa, no echan otro estiércol sino el de los pájaros marinos, que es tanto el estiércol que dejan en los islotes despoblados, que de lejos parecen puntas de alguna sierra nevada. En tiempo de los reyes incas, al tiempo de la eria, á nadie era lícito entrar en las islas sopena de la vida. Tampoco era lícito matar estas aves en ningún tiempo, dentro ni fuera de las islas so la misma pena. Cada isla estaba por orden del inca señalada para tal provincia, y si la isla era grande, dividida con mojones, entre dos ó tres provincias. Se repartía después mas en particular entre cada pueblo tanteando la cantidad de estiércol que había menester, y no podía, so pena de muerte, un vecino de un pueblo tomar estiércol del término ajeno.»

Garcilaso menciona en otra parte otra especie de abono destinado á los desiertos de ardientes arenales que baña el Pacífico. Es probable que en esa época hubiesen presentado ellos un aspecto menos desolado que al presente. Dejemos hablar al autor español.

«En otras partes de la misma costa, dice, estercolan con cabezas de sardina. No llueve, y la tierra es muy

(1) Se conocen varias especies de maíz. — Garcilaso pretende que nunca se ha importado en Europa lo que aquí se llama «maíz tierno» y que se le come antes de su perfecta madurez. Ignoramos si será verdadero el hecho, pero no creemos que se cultive en Europa la quinua, que sin embargo sería de una aclimatación muy fácil.

caliente y toda arenales. Por lo cual los habitantes apartan la arena superficial, y ahondan en partes un estado, en partes dos, mas y menos, hasta llegar al peso del agua de la mar. Siembranlas con estacas gruesas á compás y medida, haciendo hoyos en los cuales encierran las cabezas de las sardinas con dos ó tres granos de maíz dentro de ellas que crecen y maduran maravillosamente.»

Puede ser curioso el saber cómo podían los indios labrar sus tierras, sin bueyes, sin caballos y sin conocimiento del uso del hierro.

«Traen por arado (1) un palo de una brazada de largo, es llano por delante, y rollizo por detrás, tiene cuatro dedos de ancho, hácenle una punta para que entre en la tierra; á media vara de la punta hacen un estribo de dos palos atados fuertemente al palo principal, donde el indio pone el pié de salto y con la fuerza hinca el arado hasta el estribo. Andan en cuadrillas de siete á siete y de ocho á ocho, y apalancando todos juntos á una, levantan grandísimos céspedes. Las mujeres andan contrapuestas á los varones, para ayudar con las manos á levantar céspedes y volcar las raíces de las yerbas.»

Puede juzgarse por lo que precede de los esfuerzos que debían necesitarse para la labranza de un solo pedazo de tierra. La comparación que mas tarde hagamos del arado que se usa en el día, no indicará un gran progreso.

Nos parece haber dado una idea bastante exacta de la constitución agrícola en estos tiempos primitivos, en los que á falta de una civilización adelantada, el indio gozaba al menos de una seguridad absoluta en sus necesidades materiales. No podemos sin embargo dejar este asunto sin decir algunas palabras de los caminos que surcaban el imperio de los incas y cuyo recuerdo forma un contraste tan triste con la dificultad de comunicación que hoy es el estado normal de las cordilleras.

Ignoraban los indios el uso de las carretas, á las cuales aun hasta el presente no se ha ensayado sujetar las llamas. Este animal no puede por otra parte llevar mas que dos arrobas (50 libras españolas), y al contrario del camello, su marcha es lenta y sus fuerzas se agotan prontamente. No camina mas que cuatro leguas por día, cuando mas cinco, lo que poco importaba entonces, porque en la ausencia de toda transacción comercial, estas acémilas no se empleaban mas que en el transporte de los productos del suelo, de las lanas, la sal y las provisiones de toda especie de que se abastecían los tampus con anticipación.

En cuanto á los caminos, hé aquí lo que de ellos referen los autores españoles, cuya imparcialidad está garantizada por su mismo título de conquistadores.

Dice Agustín de Zárate: «que Huaina Capac hizo un camino por toda la cordillera muy ancho y llano, rompiendo é igualando las peñas donde era menester, é igualando y subiendo las quebradas de mampostería tanto que algunas veces subía la labor desde quince y veinte estados de hondo y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y era tan llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Huaina Capac quiso volver á visitar la provincia de Quito, á que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otros caminos de tanta dificultad como el de la sierra. Porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los rios y arboledas hicieron un camino que casi tiene cuarenta piés de ancho con muy gruesas tapias del un cabo y otro, y cuatro ó cinco tapias en alto, y saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel para que no se pudiese perder el camino, el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra, y ambos caminos eran bien provistos de grandes aposentos y depósitos—(los tampus).»

Hé aquí ahora la relación de Juan Botero Benes:

«Desde la ciudad del Cuzco hay dos caminos ó calzadas reales de 2,000 millas de largo, que la una va guiada por los llanos y la otra por las cumbres de los montes, de manera que para hacerlas como están, fué necesario alzar los valles, tajar las piedras y peñascos vivos y humillar la altura de los montes. Tenían de ancho 25 piés.»

¿Qué se han hecho todas estas obras colosales? Agustín de Zárate añade, que en las guerras civiles que ensangrentaron los primeros años de la conquista, los españoles destruyeron estas murallas de Cíclopes con el objeto de cortarse recíprocamente el paso. ¿Pero porqué no las restablecieron cuando la autoridad real pudo gobernar pacíficamente los vastos dominios reunidos á la corona? Los caminos ¡ay! tuvieron la misma suerte que los canales, que los terraplenes y que los tampus que abrían de tres en tres leguas su abrigo hospitalario. Acá y allá se encuentran todavía los vestigios que atestiguan la veracidad de los autores contemporáneos, pero estas tristes ruinas parecen no haber sobrevivido sino para reprochar eternamente á los primeros poseedores europeos la falta de inteligencia, y la apatía que dejó perecer los monumentos, cuya conservación habría cambiado la faz de estas repúblicas que luchan hoy contra esa misma naturaleza que en otro tiempo habían domeñado los incas. Verdaderamente, cuando se considera lo que tenía de grandioso y de magníficamente útil esa dominación de los antiguos monarcas del Perú; cuando se dirige la mirada al abandono completo que han hecho sus sucesores de esta civilización

(1) Garcilaso.

relativamente adelantada; cuando se piensa en la absorción de todos los pensamientos por el de un pronto enriquecimiento, en el estado doloroso de ignorancia de la raza aborigena, en la ausencia de grandes ideas de regeneración material; se dice que es necesario que el hecho de la conquista tenga una fuerza muy grande para que aun hoy día el título de indio, esta noble descendencia de un pasado ilustre por sus obras, sea una injuria contra la que se rebelan aquellos mismos que deberían enorgullecerse de él.

### PARTE TERCERA.

#### ESTADO ACTUAL DE LA AGRICULTURA.

§ 1º *Irrigación y caminos.* — Acabamos de reconstruir en pocas páginas el templo de la prosperidad de los indios. La misma conquista que le arruinó no supo aprovechar sus despojos. Los aventureros que se arrojaron a la playa peruana, no pensaron mas que en el triunfo de su pobreza. Cien años se pasaron en luchas funestas, durante las cuales desaparecieron los caminos, los canales se obstruyeron, se desplomaron los terraplenes, y los indios distribuidos a sus nuevos señores juntamente con la tierra que cultivaban, perecieron por centenares de miles (1). Los valles se despoblaron y el humus arrastrado por las lluvias impetuosas, no se detuvo ya mas que en los llanos fértiles en que termina la cordillera y principia el Chaco. Los españoles introdujeron el buey, el caballo, el asno, la gallina y la paloma doméstica, la cebada, el trigo y la vid; pero la paz llegó bastante tarde para prevenir la pérdida de las obras gigantes de fertilización ejecutadas por sus predecesores. La subyugada naturaleza reconquistó sus derechos, y solamente la industria moderna es capaz de domeñarla en el día.

Carecemos de los datos necesarios para establecer una comparación exacta entre el estado de la agricultura antes de la independencia, y el en que se encuentra en nuestros días; sin embargo, debemos creer que esta marcha descendente que data desde la caída de los incas no ha hecho mas que continuar su funesta progresión. El señor Urcullu nos dice, que el diezmo que al principio de este siglo llegó á 500,000 pesos por año, no pasa de la cantidad de 200,000 pesos anuales (2).

Este triste resultado se comprende fácilmente. Se oprime el corazón recorriendo estos numerosos valles, á la vista de las inmensas playas, en otro tiempo fértiles, y al presente invadidas por las aguas pasajeras que se precipitan en ellas de lo alto de las crestas escarpadas. Cada año á pesar de los diques, y muchas veces á causa de la ignorancia con que los construyen, lleva consigo el torrente algun pedazo de tierra vegetal. Los ríos mas terribles, el Pilcomayo, el Riogrande, el Cachi, mayo, el Mataka, el Suipacha no son furiosos sino en la estación de lluvias. En todo el resto del año solamente los primeros, siempre vadeables, tienen el aspecto de un río; las otras innumerables corrientes de agua que abren las quebradas, están secas ó son simples arroyos. Como la masa que desvían las colinas en el momento de la tempestad es considerable, como el lecho es generalmente ancho, y como la mas pequeña variación de nivel en el terreno hace cambiar la corriente principal, es muy raro que el hacendado pueda calcular de una manera positiva en donde chocará el esfuerzo de la avenida. Nada hay mas grandioso ni mas aterrador á la vez. Cuando la lluvia (lo que sucede con frecuencia) cae solamente en las cabeceras, las aguas que corren de todas las hendiduras del suelo se reúnen en la parte baja en inmensas cataratas desencadenadas. Comprimo su curso con las sinuosidades rocallosas se oculta á la vista por algun promontorio delantero, el valle está aun completamente seco, pero se oye á lo lejos un ruido sordo cuyo estrépito llega á ser mas y mas perceptible; al momento aparece la avenida: estas son olas furiosas que llenan la quebrada de banda á banda, haciendo rodar enormes pedazos de peña, árboles enteros, desprendiendo de cada ribera los terrenos sobresalientes, corriendo con la rapidez de un caballo á galope. El indio mira con ansiedad pasar este huracán líquido; despues, cuando los arbustos de la playa empiezan á reaparecer, corre á sus diques y frecuentemente conoce que no han podido sostener la violencia del choque, ó bien que cambiando su marcha el torrente principal, ha chocado en otra parte, y que una porción de la pampa ha desaparecido.

Así es que el terreno capaz de ser regado, aquel que se extiende al pié de las colinas, va disminuyendo anualmente, y el casquijo reemplaza al maíz y á la alfalfa. No hay quebrada en la que no se vea, resistiendo en algun otero, un pedazo de calzada, un árbol fructífero, ó algun vestigio atestigüando una cultura poco antigua, y los desastres producidos por este invasor que

no dejará un metro de suelo cultivable si no se le pone remedio.

Los obstáculos que se oponen al torrente no son de tal naturaleza que pueden dominar su potencia. Exceptuando el cañon de Cinti, en donde el valor de las tierras plantadas de viña han exigido trabajos de cal y canto, cuya construcción se remonta hasta la época de los españoles, no se encuentra mas que reparos ligeros formados de estacas clavadas á medio metro de profundidad, en un terreno sin consistencia, guarnecidos por delante de ramas y llenos de piedra de todo tamaño, las que hay en abundancia en la playa del río. No solamente son insuficientes estos trabajos defensivos porque nadie puede decir precisamente en donde chocará la avenida, sino que su falta de solidez no les permite soportar, mas que una estación, el choque repetido de las aguas. Cada año hay pues la obligación de interrogar los nuevos accidentes sobrevinidos en la superficie surcada del alveo seco, y construir nuevos diques destinados á ser arrastrados á su vez.

Este sistema es deplorable. ¡Ah! estamos lejos de aquellos tiempos en que los acueductos superiores recibían las aguas del cielo y protegían las partes bajas. Cada tormenta no solamente arrastra poco á poco toda la capa que cubre todavía las colinas laterales, sino que tambien la necesidad de poner reparos provoca un desmonte constante que aumenta otro tanto el volumen del agua derramada por las pendientes. De manera, que no solamente se verifica el empobrecimiento en los contrafuertes mas y mas privados de árboles y de tierra vegetal, sino lo que es mas, que la potencia de la avenida crece siempre mas amenazadora y mas difícil de contener. En la hacienda que habitamos es tan rara la madera en el día, que los indios aseguran que de aquí á poco tiempo ya no se podrán proporcionar las estacas indispensables para el reparo anual. ¿Qué será entonces de las riberas privadas de esta defensa?

Si hemos insistido sobre este asunto, es porque nos ha parecido ocultar en sí un peligro verdadero para el porvenir. No nos ocupamos de los llanos fértiles, cuya maleza cortará el inmigrado. La fuerza vegetativa es allá lo que puede figurarse la imaginación teniendo por auxiliares el sol, la humedad y un terreno vírgen. Pero estas partes altas de la cordillera encierran la zona que sirve actualmente para la alimentación del país, y no puede ser indiferente el ver que este capital precioso (el suelo) se pierda anualmente sin reemplazo. Este sería ciertamente el caso de imitar á Enrique IV llamando de Holanda al ingeniero Bradley para que vaya á Francia á desecar los pantanos y devastar las tierras incultas. Este gran monarca no temía herir las susceptibilidades nacionales, buscando en el extranjero la ciencia que no encontraba en su propio reino; comprendía que la práctica era la mejor enseñanza, y dando á la agricultura guías esclarecidas, hacia mas por la felicidad futura de su país que lo habia hecho con sus triunfos por su gloria.

¿Porqué pues no posee Bolivia ni un ingeniero, ni un químico, ni un mecánico? ¿Porqué no pedir á la Europa el socorro de sus luces, de las que es tan fácilmente pródiga? ¿Acaso será á consecuencia de una secreta antipatía contra el extranjero, que se hayan aplazado para largos años todos estos beneficios, haciéndolos depender de la problemática educación de algunos jóvenes, cuya permanencia en Europa se ha costado para ayudarles á ser profesores despues? La ciencia no tiene nacionalidad; pertenece á la humanidad entera, y sus apóstoles no tienen otro estandarte que el de una fraternidad simpática. No nos cansaremos en repetirlo: Bolivia aventajada ya en la civilización por sus vecinas marítimas no entrará en el sendero de la prosperidad, ni conquistará la grandeza que parecen reservarle su posición geográfica y la riqueza de su suelo, esperando en una apática inmovilidad que se hayan depurado las costumbres, y que la paz haya echado profundas raíces en el suelo (1), sino al contrario, por medio de una actividad que esté en relación con el retardo de su desarrollo agrícola é industrial, por medio de la maquinaria prudentemente elegida y ampliamente importada; por medio del establecimiento de caminos económicos y rápidos para el transporte, y en fin, por medio de la ciencia puesta con la anticipación posible al alcance de todos.

No tenemos los conocimientos especiales que nos permitan indicar un remedio cierto á la invasión de las aguas, cuya amenaza siempre creciente hemos demostrado completamente, y confesamos que no hay que volver á principiar la destruida obra de los incas. Sin embargo, á nuestro modo de ver, podrían intentarse algunos ensayos con probabilidades de buen éxito. Colocamos en primera línea los diques, semejantes á los que los árabes habian construido en España durante su larga dominación, y que la administración francesa está á punto de volver á establecer en la Argelia. La masa de las aguas no es tan considerable en el canal de los valles, mas que en razon de las innumerables zanjas que surcan la superficie de las colinas que la encajonan. Estas zanjas que tienen sus excavaciones casi perpendiculares vacían con instantaneidad en el fondo todas las aguas que caen sobre las pendientes, lo mismo que los despojos que arrastra la tempestad, cuya corriente ningun obstáculo puede contener. Haciendo sólidos diques al pié de la zanja, se rompería la fuerza del torrente, y llegaría entonces apaciblemente al lecho de la quebrada; la masa principal perdería de este modo una porción notable de su ímpetu y por consecuencia del daño que causa. Multiplicando estos diques en la

altura, aprovechando de las angosturas que frecuentemente se encuentran, se acabaría por neutralizar casi completamente la violencia de las lluvias, que se verían detenidas en los receptáculos formados por los diques, y despues podrían utilizarse para la irrigación de todos aquellos terrenos á que son inaccesibles las acequias hechas en el valle por la elevación en que están situados.

De este modo pues, se obtendría en pequeño lo que los incas habian ejecutado en grande; la conservación y el riego del terreno cultivable. Este último punto es de tan alta importancia en estos climas ardientes, que en el tiempo de los incas no se sembraba el maíz, sino allá donde podia tocar el agua. En nuestros días este cereal da en los terrenos irrigables un doscientos por uno (1): en tanto que en los terrenos que solo fertilizan las lluvias de la estación, ella no llega á mas de veinte, y en los llanos orientales en que el calor y la humedad son extremos, este producto llega á ochocientos por uno (2). Pero nos parece indispensable una medida consiguiente. Esta sería el encajonamiento del torrente en toda su extensión. Esta operación, costosa hoy día en que se trata de la totalidad de las aguas derramadas, disminuiría en su gasto en proporción de toda la diferencia de las aguas detenidas por los diques escalonados en las corrientes de avenida. En lugar de una masa semejante á un alud, la madre no recibiría sino sucesivamente el producto de las fuertes lluvias, y el poder de la corriente se disminuiría en proporción á toda la disminución del volumen. Pero los habitantes se asustan á la sola indicación de un dique de cal y canto. La mayor parte de ellos repugnan todo gasto, y en su inexperiencia quieren mas bien perder sus terrenos, desmontar sus colinas, y resolverse antes á los gastos anuales necesarios para la reconstrucción de los diques, que aplicar ni aun poco á poco á un encajonamiento progresivo las sumas que salvarían sus propiedades y doblarían su valor (3).

Entre tanto la cal grasosa, de una finura particular, blanca y untuosa, se obtiene á poco precio en todas las quebradas (4); se encuentra la piedra en abundancia en el lecho de los torrentes, la *tola* para el cocimiento crece sobre las colinas mas desnudas. No se hace mas que recoger, cortar y poner al horno. Solo sí, nadie sabe el modo de hacerla hidráulica, y las argamasas son generalmente mal hechas y sin consistencia por el poco cuidado que se pone en hacer las mezclas. En esto como en todo, no digamos la ciencia sino solo el conocimiento simple del oficio, tendría la bienvenida.

No nos es preciso llamar la atención sobre la necesidad de criar nuevo monte, tan necesario para el mantenimiento del suelo en las riberas de los ríos y la detención de las aguas pluviales, tan fácil en estos climas que la mas débil capa esta dotada de una grande potencia de reproducción. Los alrededores de las ciudades se despojan cada año mas y mas. La necesidad del combustible destinado para las casas y la de los palos empleados en los diques y en construcciones de toda naturaleza, quitan sucesivamente los árboles que la mano de Dios ha hecho nacer, y que los hombres en manera alguna tratan de reemplazar. Antes de la conquista, las mesetas que dominan á Chuquisaca estaban cubiertas con cedros elevados; su masa colaba los vientos agudos que venían del nordeste y conservaba una humedad saludable. Los españoles devastaron estos bosques para edificar sus templos, pero no les ocurrió la idea de reservar los vástagos que se deben dejar en la corta de todo monte ó de volver á sembrar los terrenos descubiertos. En el día ha desaparecido el humus bajo la doble acción de las lluvias y de los vientos: el suelo produce apenas algun cereal insustancioso, y la temperatura de la ciudad está impregnada de una mórvida electricidad que no se sabe cómo conjurar.

Finalmente, el último obstáculo que hay que oponer al desbordamiento de las avenidas, consistiría en construir diques atravesados submersibles en todas las partes en que, encajonándose las colinas, forman una estrechez. El efecto de estas irrupciones líquidas es conocido. Cuando la tormenta toma toda su fuerza, arrastra de lo alto de las crestas masas de casquijo que se depositan en los bajos fondos, y la quebrada se eleva otro tanto. Cuando su violencia es mediana, siendo el aluvion muy reciente para tener compacidad, el lecho se profundiza poco á poco, y vuelve al nivel primitivo. Así es que los diques atravesados formados en toda la latitud del canal darían por resultado el detener en su paso todas las tierras levantadas. Como el ímpetu de la creciente proviene mucho mas del declive del suelo que de la masa puesta en movimiento, suspendiendo de este modo el nivel de distancia en distancia, se compensaría la inclinación y por lo mismo disminuiría la rapidez, es decir, el daño; pues que sustituiría á una pendiente excesiva un sistema de planicies sucesivas terminadas por cascadas de poca importancia, y el encajonamiento se ejecu-

(1) En el valle de Cliza.

(2) Dalence, pág. 54.

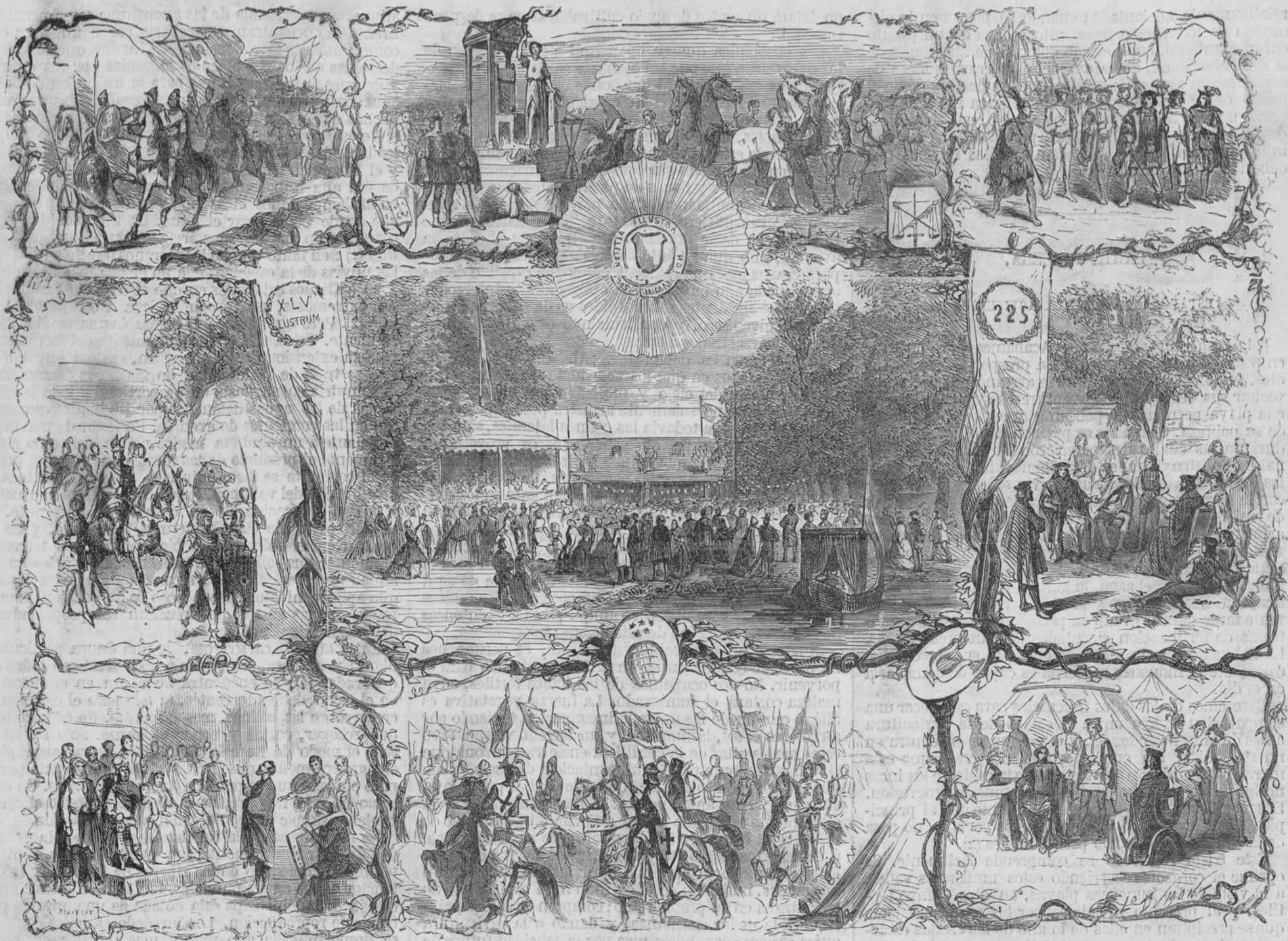
(3) Sin embargo, empieza á producirse un movimiento en este sentido. Los riberanos de Suipacha han comprendido cuán inmenso valor daría á sus terrenos la navegación del Bermejo, y cerca de Tupiza las propiedades han decuplicado su valor por el mero hecho del buen éxito de los ensayos intentados por las dos embarcaciones que han ido con felicidad del Orán al Paraná. — Se encajona el Suipacha y se vuelve á ganar poco á poco lo que el torrente ha devorado. Los mismos hechos aparecerán por do quiera que la viabilidad se establezca, porque la vida y la riqueza están en todas partes en estado latente, y para manifestarse no esperan mas que el apoyo de un gobierno ilustrado, ó lo que es lo mismo... la fuerza de las cosas!

(4) Su valor por lo general es de dos reales quintal.

(1) El programa ya citado del señor Basilio Cuellar.

(1) Gomara, capítulo 151 dice: que solamente en las batallas de Almagro contra los Pizarros perecieron un millon y quinientos mil indios.

(2) Los diezmos en el arzobispado y en los dos obispados no bajaban de medio millon de pesos al año; pero habiendo desaido con la guerra la cria de ganados y la agricultura, quizá no lleguen en la actualidad á 200,000 pesos. «Apuntes para la historia de la revolución del alto Perú, pág. 21.» — En el estado oficial de 1846 alcanza la cantidad del diezmo á 171,130 pesos. — La Memoria al congreso de 1855 da la cantidad de 232,618 pesos.



FIESTA DE LOS ESTUDIANTES DE UTRECHT CON MOTIVO DEL 225° ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE SU ACADEMIA.

taria entonces sin riesgo alguno y mediante gastos muy pequeños.

Los diques atravesados ofrecerian tambien otra ventaja: suavizando la corriente no solamente se protegen las riberas, sino que se evita esa inestabilidad del choque que no proviene sino del excesivo declive del terreno, y se pueden aprovechar las acequias sujetas hoy á todos los caprichos del nivel. Nunca hemos visto en invierno pasar al canal ó acequia todo el arroyo: frecuentemente se pierde de él tanta agua, cuanto es la que entra, y esto es por tanto un capital en esta latitud. En tiempo de lluvias los molinos se paran, porque ó la toma es enlamada, ó tomando otra direccion, la corriente la deja en seco, ó bien las zanjas traen aguas superiores que rompen el canal. Desaparecerian todos estos inconvenientes por el medio que hemos indicado, y aumentaria la produccion general al mismo tiempo que el valor de las propiedades.

Pero en agricultura sobre todo, la produccion no es mas que uno de los términos del problema de la riqueza; la abundancia de los géneros no es una ventaja, sino en tanto que corresponde á la facilidad del consumo, y esta facilidad no existe sino en tanto que permite la exportacion del producto un transporte económico. No conocemos las otras repúblicas del Sud, pero nos parece que podemos afirmar, que ninguna reclama mas imperiosamente que se ocupe de demarcar y de conservar en ellas los caminos.

(Se continuará.)

### Fiesta en Utrecht.

Los estudiantes de Utrecht han celebrado en los últimos dias de junio el 225° aniversario de la fundacion de

de los pueblos durante la edad media; se componia de siete grupos cuyos asuntos eran Atila y los hunos, personajes de los Niebelungen, Carlomagno y su corte, la tercera cruzada Felipe de Artevelde, Lorenzo de Médicis, Cristóbal Colon y Vasco de Gama; otro grupo que dominaba á todos estos representaba la Libertad de pensar.

Nada mas opulento y mas exacto que los trajes que llevaban estos personajes. Cada cinco años se renueva esta fiesta por la misma época en Holanda, y lo decimos á guisa de aviso dirigido á los viajeros curiosos.

P. P.



INAUGURACION DE LA ESTATUA DEL GENERAL LENORMANT DE LOURMEL, EN NAPOLEONVILLE.

su Academia, y con este motivo ha recorrido las calles de la ciudad en medio de un gentio inmenso, un brillante cortejo en el que figuraban cerca de doscientas personas. Este cortejo era una personificacion del progreso

perador, nacido en Napoleonville el 12 de julio de 1811, herido mortalmente persiguiendo al enemigo bajo los muros de Sebastopol el 5 de noviembre de 1854. Jornada de Inkermann.»

### Inauguracion

DE LA ESTATUA DEL GENERAL LOURMEL.

Napoleonville acaba de erigir una estatua al general Lourmel, el primer general francés herido por las balas enemigas en la guerra de Crimea.

Esta estatua, vaciada en bronce y ejecutada por el conde de Nogent, amigo del general, ha sido inaugurada el 7 de este mes. Los gastos han sido cubiertos mediante una suscripcion á la que contribuyó el sultan con 20,000 piastras.

En el zócalo de la estatua se lee esta inscripcion:

« El general Lenormant de Lourmel, edecan del em-